

SOMBRA
GRISE
« Lander »

ATHALIA'S

===== Índice =====

Índice	1
Introducción	3
Capítulo I	5
Capítulo II	10
Capítulo III	17
Capítulo IV	21
Capítulo V	26
Capítulo VI	35
Capítulo VII	41
Capítulo VIII	46
Capítulo IX	50
Capítulo X	54
Capítulo XI	59
Capítulo XII	64
Capítulo XIII	69
Capítulo XIV	74
Epílogo	77

~ 2 ~

Introducción

—¡Wo-Worren...! —tartamudeo mientras me baja los pantalones, sólo un poco, lo suficiente para acariciar mis nalgas con sus grandes manos.

—Ya, ya voy... —su voz suena divertida y tierna.

No es eso, quiero decirle, pero de pronto su mano acaricia mi boca con vehemencia, sus labios buscan mi cuello, me besa y lame mientras noto su enhiesto miembro frotarse contra mi entrada, y yo jadeo.

Aquí estoy... apoyado en la pared ligeramente mohosa de un callejón desconocido, a merced de la pasión desenfadada de mi novio. Él me besa y empieza a empujar... y yo me muerdo los labios con un gruñido quedo, intentando acoger en mi interior al tan deseado intruso.

Oh, lo deseo, lo anhelo desesperadamente... aunque el escenario no sea el más propicio.

En una vida gris, vacía, Worren llegó como un rayo de luz. Él trajo color e ilusión a una existencia hueca y muerta. Él era brillante, luminoso como un ángel caído del cielo. No me importaba no ser primordial para él... me bastaba con ser *algo*.

Cuando Worren me tomó en sus brazos aquella noche fue como si se abrieran las puertas del paraíso y me llevara de la mano a sus rincones más hermosos.

Eso es lo que Worren era. Eso es lo que me hacía sentir al principio.

Un leve grito escapa de mis labios cuando algo se rasga en mi interior.

Ha entrado. Lo noto duro, duro e inmenso, llenándome de esa sensación agrídulce de dolor desgarrado y un oscuro placer sin nombre.

—Tan estrecho...

Murmura esas palabras sobre mi oído y atrapa mi lóbulo, tironea, y yo gimo. Empieza a moverse, embiste mis caderas con las suyas, el dolor va desapareciendo y sólo queda el placer sordo, los gemidos roncós, sus manos en mi piel, sus ardientes labios en mi cuello...

Se mueve muy deprisa. Jadeo. Mi sexo está duro y tembloroso de un anhelo insatisfecho. Sé que Worren no va a tocarme. Yo lo hago. Yo rodeo mi propio sexo con los dedos y empiezo a masturbarme mientras él me embiste entre agitadas respiraciones

y manos inquietas.

Veó algo. ¿Qué es? Una sombra. Una figura. El placer me nubla la vista. Worren acelera, gimiendo por lo bajo algo que no entiendo. Mis propios dedos me exprimen casi con violencia.

Veó sus ojos. Son azules. Nos está mirando.

—W-Worren... —gimo con voz ronca.

—¡Oh, Lander!

Entonces Worren se corre en mí interior, me llena con su simiente.

Sale de mí, dejándome vacío e insatisfecho, y tiemblo mientras me dejo caer al suelo.

Capítulo I

—Con cuidado...

Su voz es una tierna risita. Se agacha a mi espalda y me recompone la ropa, los pantalones bajados, la camiseta subida. Me da un sonoro beso en la mejilla y luego se levanta.

—Llego tarde —comenta—. Te llamo mañana, ¿vale, guapo?

Su último gesto de amor es revolverme el pelo, y después se va sin aguardar mi respuesta.

Me deja aquí, ardiendo de excitación, temblando como una hoja. La sangre quema en mis venas, y entre la bruma de esta sensación doliente... sólo está el vacío.

Él termina y yo me quedo así, aturdido y hueco. Y caliente. Muy caliente, joder.

Siempre es así. Worren me lo hace deprimida. ¿Se da cuenta de lo que me provoca? Me deja ardiendo en el suelo, trémulo mientras tengo esta... esta sensación de desespero y vulnerabilidad que tanto odio.

Es como volver al pasado. Como si la luz desapareciera de este mundo.

Camino por la calle de camino al colegio.

Hay personas que me miran al pasar; los más osados me señalan con el dedo, pero yo no me molesto. Todo me da igual. No siento nada.

Aún uso la muleta que me ayuda a caminar. No debería apoyar la pierna. No debería, pero lo hago. Duele. Eso me dice que aún estoy aquí. ¿Por qué sigo aquí?

A mi alrededor todo se ha vuelto gris y opaco. Estoy muerto. ¿Por qué aún estoy en este mundo?

Me gustaría pedirle que se quedara, joder. Sólo un abrazo, un beso, una caricia. Sólo su compañía. Pero guardo silencio y me abrazo a mí mismo, intentando que el vacío y la excitación no me arrastren a un llanto convulso de manos frenéticas buscando una satisfacción sin sentido.

Son tus manos las que quiero. Tus labios en mi piel, tus dedos acariciándome... Y sí, también tu sexo, duro y brutal, lo necesito todo de ti.

Pero no me lo darás.

Oigo pasos. ¿Worren ha vuelto? Me vuelvo, oteo el lugar por el que se ha

marchado, pero no viene nadie. No regresa. No regresa nunca, no es consciente de cómo me deja atrás.

Pero entonces...

Los ojos.

Dios mío. Los había olvidado. Alguien... alguien nos estaba mirando.

Me giro lentamente, temeroso de lo que voy a encontrar. ¿Un vagabundo tal vez? ¿Un ladrón? No tengo nada. Dios, ¿qué voy a hacer? Aún estoy temblando, me siento aturdido. Nos han visto haciéndolo en un puto callejón.

Ha salido de las sombras y permanece a unos pasos de mí, erguido y sin pudor, como si no se avergonzara en absoluto de haber estado viéndonos.

Es alto, de espalda ancha y cabello corto y negro. Tiene las piernas ligeramente abiertas, firmes sobre el suelo quebrado del callejón. Sus ojos son azules, intensamente azules, oscuros y profundos como espejos de zafiro.

Y temo esa mirada. Es seria, amarga. Siento que me está culpando de algo. No soy yo quien miraba, joder. No soy yo quien observaba a una pareja teniendo sexo como si fuera un vulgar mirón. ¿Por qué esos ojos parecen llenos de rabia?

Espera.

Espera.

Conozco esos ojos. Sí, conozco esa expresión seria, un poco adusta.

Alberich. Ya recuerdo. Alberich Donovan Iverson. Sí. Fuimos junto al instituto los últimos dos años.

—Os presento a Alberich Iverson. Será vuestro nuevo compañero de clase.

El chico nuevo tiene una expresión dura y seria, como una máscara. También tiene unos ojos azules, oscuros, profundos como pozos.

Nuestras miradas se cruzan, y me siento aturdido. Entrecierra los párpados. Tiene las pestañas muy largas.

—Ey.

A mi lado Worren me llama. Parpadeo, desvío la atención de inmediato. Me sonrío, y esa sonrisa hace que lo olvide todo menos a él.

Joder, en aquel tiempo no era así. No era alto y fuerte ni estaba tan jodidamente bueno. Mierda. Parece más bien una especie de dios del sexo, ¿o soy yo, que estoy excitado como una perra en celo?

Intento concentrarme. Me relamo los labios. Sí, Alberich. Instituto. Callado, distante, muy serio. ¿Hablamos alguna vez? No puedo recordarlo. Todo mi mundo era Worren, el resto quedaba desvaído en su presencia.

Alberich. Creo que no lo he visto desde la graduación, hace más de un año.

Dios. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Qué hace mirándonos teniendo sexo? Joder. Oh, joder.

Sus labios se entreabren. Tiene una boca firme de labios plenos, pero no en exceso. Es como... una boca perfecta. Mierda.

Dice algo. Me he distraído con el movimiento de sus labios. ¿Qué? Me cuesta procesarlo.

—¿Así estás satisfecho?

Me quedo boquiabierto. ¿Cómo? Pero cómo se atreve... ¿Espía como un vulgar mirón y luego viene a dar lecciones? ¿Qué es lo que pretende?

—No te metas donde no te llaman —musito, atónito y ofendido.

Espera.

¿Qué es esta sensación en mi pecho? Vergüenza. Joder. Ya lo sé, estábamos a la vista, un callejón no es el mejor lugar para un arrebató pasional... Pero Worren me mira y el mundo no tiene importancia.

No la tiene.

También siento otra cosa, algo que intento negar todos los días, cuando me hace el amor y después se marcha.

Mierda. ¿Por qué siento este vacío en el corazón? No es como si estuviera hueco. Es como si se hubiera hecho un agujero en mi pecho, y los bordes ardieran.

Alberich vuelve a hablar. Me ha llamado. Alzo la cabeza y me obligo a lanzarle una mirada de ira, de desprecio. Pero bueno, ¿por qué se mete?

Sigo en el suelo. Mierda. Me levanto abruptamente, sacudiéndome la camiseta.

Dios, ¿por qué está aquí, mirándome con esos oscuros ojos como pozos sin fondo? ¿Y por qué esos pozos están en llamas?

—Si pudiera... —dice en voz baja, suave como el terciopelo—... te daría todo lo que él no te da.

¿Qué acaba de...?

Veó con horror que da un paso hacia mí.

No, no te acerques. No vengas. ¿Por qué no te vas? No te quiero dando la vuelta a mi vida.

Tengo la sensación irracional de que va a trastocarlo todo, y no quiero, quiero mi vida como está. Quiero a Worren en ella, imperfecto y maravilloso.

—Si pudiera...

Niego lentamente con la cabeza, retrocedo un paso, pero él se acerca. No vengas. No quiero oírte.

¿Por qué no puedo apartar la mirada de esos ojos ardientes?

—... te daría tanto placer que no sabrías cuándo acaba un orgasmo y empieza el siguiente.

Mis mejillas arden, y, mierda, mi corazón se dispara.

Eso suena bien. Estoy caliente y suena bien.

—Y lo más importante es que yo, si me dejas... yo te haré sentir amado.

Dios.

¿Quién es él? ¿Por qué dice estas cosas?

¿Por qué coño puede ver en el fondo de mi alma, descubrir mis anhelos más profundos y sacarlos a la luz?

Lo sé. Worren no me hace sentir bien. Worren me llama, me besa, me hace el amor...

No. Sé que no es así. Sé que Worren, con su buen corazón y su sonrisa deslumbrante, no me hace el amor. Él me folla. Con todas las letras. Después se larga.

Saber esto me hace sentir como si me hundiera en un hondo pantano negro.

Yo amo a Worren. ¿Por qué me hace esto? ¿Por qué no puedo sentir que él también me ama? Es mi mundo. Es todo mi mundo. Cuando yo estaba muerto y vacío él llegó y me dio la vida. ¿Por qué no puede llenarme? Sólo necesito un poco más de él, algo que haga que este vacío en mi pecho deje de doler.

Veo una mano. Alberith me la tiende. Su mirada es seria, es dura... Es tierna.

Es la mirada más tierna que me han dirigido nunca.

—Si me dejas, te lo demostraré.

¿Demostrar el qué? ¿Qué quiere este chico de mí? ¿Por qué me mira como un cachorro desvalido, con toda esta dulzura, con toda la súplica descarnada?

¿Por qué... estoy cogiendo su mano?

Sus dedos son firmes cuando envuelven los míos. Cálidos. Su mirada se ablanda, y también la fuerte línea de su boca.

¿Es eso una sonrisa?

De pronto se aproxima, sus manos toman mi rostro, grandes y firmes y calientes.

Me besa en los labios.

Es el beso más dulce que me han dado jamás. Worren casi nunca me besa.
Alberich... Alberich es pura ternura.

No puedo evitarlo. Con un jadeo desesperado bebo de ese beso.

==== Capítulo II ====

Es como un sueño.

Una parte de mí no puede creer que esté siguiendo a este casi desconocido hacia su casa, por muy lleno de palabras tiernas y dulces besos que esté. Una parte de mí teme y odia lo que está pasando... pero es una parte muy pequeña, muy débil, una parte que se ve subyugada por la delicada fuerza que me está arrastrando inexorablemente.

Aquí estoy, incapaz de soltar mi mano de la suya, dejando que me guíe por las calles más alejadas del centro.

En las fueras Alberich me deja entrar primero en un edificio alto y elegante. Llama al ascensor, y entramos. No suelta mi mano. Para nada me suelta. ¿Me ata? ¿Me dejará ir si se lo digo?

¿Y por qué no se lo digo, a fin de cuentas? ¿Qué va a hacerme? ¿Qué me ha hecho ya?

Oh, sus labios...

Pienso en ese beso y siento que se me licuan las rodillas. ¿Puede ser tan dulce un beso? ¿No es un sueño?

Subimos al sexto piso. Alberich saca las llaves de su bolsillo y abre la puerta tres, diestramente, como si todos los días tuviera una mano ocupada en otras cosas.

Otras cosas...

¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Por qué le he seguido? Después de besarme... Es como si no tuviera fuerzas para resistir.

—No tengas miedo.

Doy un respingo y lo miro. Ha abierto la puerta para mí, y me mira. Sus ojos son oscuros y profundos y también tiernos.

Nunca nadie me ha mirado así, casi... casi con adoración. ¿O es lo que quiero ver?

¿Tan desesperado estoy?

Sólo quiero un poco de ternura. Quiero que Worren me mire así, sólo un poco. Como si me necesitara de verdad.

Pero no me necesita. Nunca me ha necesitado.

Su mano toca mi cintura. Es grande, aunque no tanto como la de Worren, y es firme, pero también gentil.

No soy de cristal. No necesito que me trates como si lo fuera.

¿Pero qué necesito? ¿Qué estoy haciendo aquí, con un viejo conocido del instituto, alguien con quien no he cruzado palabra en el último año, y además dispuesto a tener sexo con él?

Porque a eso hemos venido, ¿verdad? A ver si diferencio... el final de un orgasmo del principio del siguiente.

Dios. Qué pretencioso... y qué bien suena.

Joder. No soy un puto salido, ¿de acuerdo? No estoy desesperado por el sexo. Pero ahora mismo estoy ardiendo porque mi novio me ha dejado con el calentón, y viene este chico y me dice...

No. Me promete hacerme sentir querido con esto. El sexo no es importante. El corazón sí lo es.

¿Por qué estoy entrando en su casa? Oigo la puerta que se cierra. Se me pone la piel de gallina.

Esto no está bien... ¿O sí?

—¿Y tus padres? —musito, observando el breve recibidor, que da a un pasillo y dos puertas.

—Vivo solo.

Dios mío. Estamos solos.

No, por favor. No puedo hacer esto. Esto no está bien. ¿Qué pasa con Worren?

—Eh.

De pronto esas manos toman mi rostro. Va a besarme, sé que va a besarme, me va a desarmar y me tendrá a su merced.

Una parte de mí lo desea desesperadamente. Esa ternura, esa suavidad, esa sensación de ser importante para alguien... Por favor...

¡No! ¡Joder! Worren...

Me quedo trabado en sus ojos. No puedo apartar la mirada. No es Worren, es otra persona, pero esos ojos oscuros me hipnotizan, me atan.

—Deja que te lo enseñe. —Esa boca firme se mueve, de sus labios salen las palabras como un quedo y erótico murmullo—. Deja que por una vez te muestre lo que puedo hacerte sentir.

¿Me lo está pidiendo, me lo suplica? Esos ojos son un ruego descarnado. ¿Por qué quiere hacer esto?

¿Por qué no puedo apartar la mirada?

Trato de hablar. Tengo que hacerlo. Mi boca está seca pero tengo que decirle que no, que esto no está bien, que no puedo hacerlo...

—Sí...

Se me traba el aliento. ¡No es eso lo que quería decir! O... tal vez sí. Tal vez...

Dios. ¿A quién quiero engañar? Por una vez en la vida, sólo una vez... quiero que alguien en mire con esta adoración mientras nos fundimos, como si fuera lo máspreciado. Sólo una vez.

Ah... ¿es eso una sonrisa?

Me besa.

No tengo tiempo de mirarlo. No puedo pensar. Me besa y me pierdo en esos labios. Son dulces, tiernos, llenos de algo que no entiendo pero que me hace querer llorar de pura emoción.

—Tranquilo... —susurra en mi boca—. Te haré sentir bien.

Sí, por favor.

Una parte de mí sabe que esto no está bien, que estoy traicionando a Worren, pero ahora, envuelto en sus brazos, recibiendo esos labios, no encuentro fuerzas suficientes para resistirme.

Quiero esto. Anhelelo esto. Quiero ver si ver si es cierto, si las historias son reales y puedo sentirme pleno y vivo al hacer el amor.

Es increíblemente gentil cuando logra que mi espalda dé con la pared del exiguo recibidor. Vuelve a besarme, recorriendo mis labios con los suyos. Es muy dulce. Sus manos acarician mi rostro, mi cuello, mi cabello, y las mías...

Lo estoy abrazando. No sé cuándo lo hice, me aferro a su espalda con desesperación. Sus labios me hacen temblar. Pierdo el hilo de mis propios pensamientos.

Alberich murmura mi nombre y me besa en la mejilla, bajo el oído, en la garganta. Me estremezco y jadeo ante la electrizante sensación, un fognazo de lánguido placer recorriéndome la espina dorsal.

Él suspira. Parece quererlo tanto como yo. ¿Está mal entonces, cuando los dos queremos esto?

Sé que sí. Sé que no puedo parar.

Alberich de pronto cae de rodillas frente a mí. Lo miro, no comprendo, ¿qué pretende?

Besa el bulto entre mis piernas.

Jadeo y trato de retroceder, pero estoy contra la pared. ¿Pero qué hace?

—Tranquilo...

Su voz es un susurro aterciopelado. Vuelve a hacerlo, me besa ahí otra vez, y me recorre la abrumadora sensación de un placer desconocido.

—Espera, esto no... —musito.

—Ya lo sé.

¿Qué es lo que sabe? ¿Que mi novio jamás ha dado muestras de atención a mi sexo? ¿Que me muero de vergüenza? ¿Que tengo miedo? ¿O tal vez todo?

Sus labios recorren mi entrepierna, y yo me estremezco. Mis manos aferran sus hombros, me apoyo en él, me sujeto en él. Me tiemblan las piernas.

Sus dedos ágiles desatan el cinturón, el botón y la cremallera.

Dios mío. Lo va a hacer. ¡Lo va a hacer!

—No, espera...

Mi voz sale ahogada y temblorosa.

Con los ojos muy abiertos miro, atónito, cómo saca mi sexo. Sus dedos lo envuelven. Gimo. Dios santo, me está tocando. Estoy duro y caliente. Joder.

No dice nada. Mira mi sexo con sus oscuros ojos y sus dedos lo recorren, y yo estoy temblando. Mierda. ¿Qué me está haciendo?

Alza la mirada. Es sólo un instante, pero veo sus intenciones. Oh, dios mío.

Ni siquiera duda. Inclina la cabeza y sin titubear mete mi sexo en su boca, hasta el fondo.

Gimo con fuerza, ronco, aferrado a sus hombros. Dios mío, ¿qué es esto?

¿Siempre es así?

Su lengua me lame, sus labios me envuelven, empiezo a no poder respirar. Es insoportable... este placer... esta sensación de desfallecer, de derretirme en su boca... Nunca antes lo había experimentado.

Voy a morirme. Estoy temblando. Sigue lamiendo, succionando. Ya no sé si gimo o jadeo o grito. Intento decirle que pare, no puedo más...

Entonces estallo. Algo explota dentro de mí, el fuego en la sangre, convulsamente termino... como nunca antes lo había hecho.

Mis piernas no me aguantan...

Pero Alberich me toma en sus brazos antes de que caiga. Él me sostiene.

Dios. Me he corrido en su boca. Dios.

—No te dejaré caer.

¿Qué?

Me sujeta con sus brazos fuertes, y su boca cubre la mía de nuevo. El sabor de su lengua se mezcla ahora con algo distinto... algo mío. Me excita. Mis brazos se enredan en su cuello. Me besa, y yo lo correspondo. Es un beso largo, profundo, lleno de ternura... Es dulce.

Me gustan sus labios. Me gusta su boca. Me gusta que me bese, y, joder, me gusta que me la chupe.

Una mano se mete bajo mi camiseta. Alberich acaricia mi pecho. Respiro hondo cuando abandona mis labios y usa su experta boca en mi garganta, en el hueco de mi cuello. Me recorren los placenteros escalofríos. Su lengua lame mi piel expuesta.

Con mis dedos temblorosos acaricio su espalda, su cintura, sus brazos, recorro la curva de su mandíbula y la línea de los omoplatos que se marcan contra su ropa.

Me está desnudando poco a poco, con infinita ternura, y yo sólo atino a aferrarme a él, a dejarme hacer, a disfrutar de cómo me toca.

Estoy desnudo. La pared es fría a mi espalda, pero qué más da... Alberich sigue acariciándome, me besa, me adora con sus manos y con sus labios como si no hubiera nada más en el mundo. Es una sensación abrumadora, vergonzosa, pero, dios... No quiero que termine nunca.

Jamás me había sentido tan amado.

De pronto esas manos me giran, moviéndome como si fuera liviano, un juguete, y me encuentro apoyando el pecho en la fría pared.

La postura favorita de Worren.

—¡No!

Lo jadeo antes de pensarlo.

No quiero esto. No quiero más Worren, ahora no. No quiero que me folle como a un perro y que todo termine. Quiero más de esas miradas, de esas caricias... Por favor. Por favor. Lo necesito. No quiero este vacío.

—Sssshhh, no pasa nada. Pónmelo fácil.

¿Fácil? No quiero, así no, joder, joder, jod...

No es su pene el que tantea mi entrada, es muy pequeño. Está húmedo de saliva. Es un dedo. Contengo el aliento. Me penetra con él, y jadeo.

No me hace daño. Es agradable. Dios. Muy agradable.

Ese dedo se mueve dentro de mí. Lanzo un...gruñido de placer. Como un animal.

Retrocede y entra hasta el fondo, arrancándome un escalofrío. Dios santo. Me

retuerzo, sin saber qué hacer con todo este... placer sin freno.

Su dedo se mueve dentro de mí. Con la mano libre acaricia mi pecho, se entretiene en los pezones, los roza, los pellizca suavemente, no puedo contener los broncos gemidos.

—Ah... Alber... ich...

Mi voz está rota y ahogada. Sus labios me besan en la nuca. ¿Qué quería decirle? No me acuerdo.

—Lo sé, Lander.

Su mano recorre mi pecho mientras un segundo dedo entra en mi interior, arrancándome un bronco gemido. Estoy temblando, las piernas casi no me sostienen.

Baja la mano y envuelve mi sexo. ¡Dios, de nuevo! No tengo aliento. Sus labios recorren mi espalda mientras me toca, me excita, está en mí y fuera de mí, lo hace todo, lo toma todo... Y me encanta.

Espera. Espera, no puedo... otra vez...

No consigo decírselo. De mi boca brotan sílabas incoherentes. No puedo articular palabra. Gimoteo, abrumado por el placer.

Estallo de nuevo, ahora en su mano, y me aprieta contra su cuerpo al sujetarme mientras me derramo y entre convulsiones siento que podría morirme ahora mismo.

Dos orgasmos. Estoy agotado. Estoy...

Su mano recorre mi pecho. Oh, dios mío. ¿Aún más?

—A... Al... No... No...

—Un poco más. Seguro que te gusta un poco más.

Me tiemblan las rodillas y no tengo aliento para responder. ¿Y qué puedo decir? No sé si puedo aguantar más, pero quiero intentarlo... ¿En qué momento el cuerpo se derrumba? ¿Cuánto placer hace falta? Quiero averiguarlo. Alberich va a enseñármelo.

Sus labios recorren mi espalda. Sus dedos están inmóviles dentro de mí... No, ahora vuelven a moverse, adentro y afuera. Jadeo. Me acaricia el pecho y la garganta.

No lo pienso. Bajo la cabeza y atrapo un dedo entre mis labios. Se queja inmóvil, conteniendo el aliento. Lo lamo. Estoy temblando.

Alberich me besa en la nuca, vuelve a jugar en mi interior, y yo gruño con su dedo en mi boca, trémulo y débil y excitado otra vez. Dios, ¿desde cuándo hace falta tan poco para tenerme así?

Un tercer intruso se suma dentro de mí. Jadeo, me retuerzo, me aprieto contra él.

No, joder. Estoy harto de dedos, es otra cosa la que necesito. No quiero correrme

así de nuevo. Lo quiero a él, quiero lo que tiene entre las piernas.

—Vale —murmura como si me leyera el pensamiento—. Vale...

Sus dedos me abandonan, en mi boca y en mi entrada, y lo echo de menos.

Me da la vuelta.

Me besa en la boca.

Suspiro, derritiéndome, pero me sostiene en sus brazos, me acuna, se aprieta contra mi cuerpo y siento la salvaje erección contra mi vientre. Dios.

Débilmente alzo los brazos, intento sujetarme a él, a su cuello, sus hombros. Me besa en la garganta. Poco a poco sus manos recorren mi cintura, mis caderas, acaricia mis nalgas y baja...

Me levanta. Como si pesara menos que una pluma me alza por los muslos, abre mis piernas y se encaja en ellas. Me aferro a él, me abrazo a su cuerpo fuerte y tenso.

Lo noto. Duro, caliente y suave, tanteando mi entrada. Contengo el aliento. Lo espero con anhelo. No, no lo espero: desespero. Quiero suplicarle que la meta de una vez, pero no me sale la voz, sólo jadeos, sólo respiración agitada y...

Y entra.

Lento, firme, seguro, con una facilidad estremecedora, Alberich me penetra hasta el fondo, y yo lanzo un bronco alarido de placer.

Jamás... nunca... me había sentido... tan lleno de vida.

—¡Dios...!

Alberich me besa en la boca, robándome las palabras.

Empieza a moverse.

Con desesperación lo abrazo, gimo, mis caderas se cimbrean con las suyas. Salgo a su encuentro, o él al mío, ya me da igual, sus labios me besan, mis manos lo tocan, siento que voy a llorar de puro y agónico placer, pero no lo hago... No son lágrimas lo que brotan de mí.

Bruscamente llega mi tercer y brutal orgasmo, mi garganta se quiebra en un sollozo de éxtasis.

Convulso, quedo lánguido en sus brazos.

—No... No pue... no... puedo... más...

==== Capítulo III ====

Algo húmedo recorre mi pecho. Musito algo. Ya no sé qué es. No puedo abrir los ojos. Unos labios descienden, me besan en la línea de la mandíbula, en la garganta. Suspiro de placer.

—Duerme...

Esa voz dulce y profunda es un arrullo. Aquí estoy a salvo. Aquí alguien que me ama va a velar por mí.

Mmmmm... ¿Qué... es esa luz...? Debería molestarme... Pero no soy capaz de sentirme molesto por nada.

Me siento... bien. Pletórico y con una sensación de bienestar que me resulta desconocida. ¿Qué debe ser? ¿Qué ha pasado?

¿Qué ha...?

Sexo. Alberich.

Abro bruscamente los ojos y trato de levantarme... todo el cuerpo me pesa. Mucho.

La luz proviene de la ventana que tengo justo delante. La persiana está subida, y las claras cortinas hondean con una agradable brisa.

Espera. Mi cuarto no tiene cortinas.

¿Dónde estoy?

Alberich. Casa.

Dios.

Logro enfocar la mirada, y entonces lo veo. Está sentado en un sillón junto a la ventana. Viste sólo unos pantalones de chándal, va descalzo y tiene el torso al descubierto.

Es, joder... escultural.

Me está mirando, con la cabeza ligeramente ladeada apoyada en una mano.

Me pongo nervioso ante su intenso escrutinio, y frunzo un poco el ceño.

¿Cuánto he dormido?

¿Cuánto hace que él me mira?

Boqueo. Debería decir algo, lo que sea... ¿Pero el qué? No puedo. Esa mirada me ata, me hipnotiza, me siento impotente.

Alberich endereza el cuello, su cabeza se ladea un poco hacia el otro lado. Tiene el pelo más largo de lo que pensaba; algunos mechones rebeldes acarician sus mejillas.

—¿Cómo te sientes? —pregunta, muy serio, y a la vez... muy dulce.

¿Cómo puedo responder a eso? No lo sé. Acabo de pasar la noche... no, la tarde... ¿y también la noche?... más maravillosa de mi vida.

No ha sido el inmenso placer sexual de un orgasmo tras otro, lo cual ha sido glorioso, si no que ha sido... más. Mucho más. Hay una ternura que no sabía que pudiera existir... que podía recibir.

Me siento... bien. Pleno. Pletórico de bienestar.

Y no obstante algo empaña esta sensación. ¿Qué es? ¿Qué me pasa?

¿Por qué me siento tan ruin, tan lleno de remordimientos?

Worren.

Dios santo. He estado con otro. Le he sido infiel. ¡Worren!

Intento levantarme, pero todo el cuerpo me pesa por el puro y glorioso agotamiento. Nunca el sexo me había dejado así.

—¿Lander?

Oigo su voz, lo noto moverse. Se levanta y viene hacia mí.

No vengas. Ven. Dios, no sé qué hacer.

Se pone a mi lado. Su brazo rodea mi espalda, me ayuda a sentarme.

Estoy desnudo en su cama. Noto su piel contra la mía. Esos brazos que me han sostenido, esas manos que me han acariciado, ese pecho escultural...

Me mira con esos ojos oscuros e insondables, tan profundos que no podría abarcar todo lo que guardan. Me mira con ternura, con dulzura. ¿Y amargura? No lo sé. Estoy aturdido.

—¿Estás bien? —pregunta suavemente, sin soltarme—. ¿Te duele? ¿Estás satisfecho?

¿Qué es lo que acaba de decir?

Lo miro, incrédulo. ¿Me acaba de preguntar si estoy *satisfecho*? ¿Quiere que le diga si ha cumplido con su palabra de colmarme de placer? Sí, joder, lo ha cumplido con creces, pero ahora pienso en Worren y en que le he hecho.

¿Y qué me ha hecho él a mí? Todo el vacío, la sensación de soledad, de abandono...

No. Yo le he sido infiel. Ha sido premeditado. No lo quería, en parte no, pero aun así lo hice a sabiendas.

—¿Lander?

Alberich me mira con ansiedad. Creo que estoy pálido. Tengo la boca seca. Me relamo los labios y trago saliva.

—¿Y tú? —musito con voz queda, evasivo.

Estoy intentando evitar el embarazoso tema, pero lo veo titubear y me lo pregunto en serio. ¿Y él? ¿Está... satisfecho? No terminó, ¿verdad?

Joder, me corrí tres gloriosas veces y él no terminó. ¿Quién coño tiene esa clase de aguante?

—Claro —responde entonces, muy serio.

Está mintiendo. Sé muy bien que no se corrió mientras estuvimos teniendo sexo sublime en el recibidor. Podría haberse masturbado luego, claro, pero de alguna manera... sé que no lo ha hecho. Quizá es la manera en que ha titubeado. Me está mintiendo.

—Mentiroso.

Da un leve respingo. Me parece incoherente sorprender a esta persona tan seria y serena, que parece tan segura de sí misma.

—Bueno —acepta con una leve inclinación de cabeza—. Esto no se trataba de mí, Lander. Era para ti.

Era... para mí.

Desde el principio él no buscó su propio placer, sólo el mío.

Worren. Él viene, sonrío, me toca un poco, sólo busca metérmela, rápido y brutal. Alberich... él no quería eso. Él quería que yo disfrutara. Renunció a satisfacerse a sí mismo con mi cuerpo.

Esa idea me llena los ojos de lágrimas. Las contengo, impotente. Ni siquiera sé por qué debería querer llorar.

Veo la preocupación en su mirada. Sus apetitosos labios formulan mi nombre.

Quiero besarlo. Voy a besarlo.

Lo cojo del rostro con fiereza y me lanzo a su boca, la busco, la anhelo...

Pero no la alcanzo.

Me toma del mentón firmemente, y no puedo llegar. Sus ojos son profundos e insondables. ¿Qué es esa triste oscuridad en sus negras pupilas?

—Eh, Lander —murmura con voz grave—. No quiero besos de agradecimiento.

—Pero...

—Sólo aceptaré tus besos, tus caricias, tus abrazos... por tres motivos.

Se aparta, pone distancia entre los dos. Quiero tocarlo. Quiero hacer que se sienta bien. Quiero que sepa cómo me he sentido esta noche. Pero no puedo.

Levanta un dedo.

¿Qué?

—Lasciva —dice—. Si tienes deseos y quieres complacerte... estoy siempre disponible para ti.

¿Qué dice? Suena como una ramera. No es una ramera. Ni yo tampoco. Yo...

Levanta un segundo dedo.

—Despecho. Cuando Worren te haga daño y quieras desahogarte... aquí estoy.

¿Desahogarme? ¿Despecho contra Worren? Worren no merece eso. No merece lo que le he hecho hoy. Es tierno y amable y siempre piensa en los demás.

Menos en el sexo. Pero eso es todo.

Levanta el tercer dedo. Su mirada es muy intensa.

—Amor.

¿Qué?

De pronto se oye una melodía, y tardo un instante en reconocer mi teléfono móvil.
¿Pero dónde...?

Alberich suspira, creo. Se levanta, saca el aparato de un cajón de la cómoda. Me lo da, leo el nombre en la pantalla.

Worren.

Miro a Alberich. Mierda. Él me hace un gesto, como diciendo que conteste. ¿Que conteste? ¿Al hombre al que he puesto los cuernos contigo? ¿En qué me convierte eso? Y no obstante... descuelgo.

—Hola —saludo en voz baja.

—Eh, Lander...

La voz de Worren es un susurro grave y lánguido. Hoy era turno de noche en la vigilancia del puerto, ¿verdad? Está cansado... y ardiendo.

Sé por qué me llama. Lo sé porque siempre es así.

También sé que no puedo resistirme a él.

Soy una polilla.

==== Capítulo IV ====

Miro atónito el llavero con forma de gato, del que cuelgan dos llaves, una más grande que la otra. Alzo la mirada a los ojos de Worren, que sonrío.

—*Para ti.*

—*¿Estás... seguro?*

—*Claro que sí, ¿por qué no iba a estarlo?*

Son las llaves de su piso.

Hace casi un año que tengo esas llaves. Fue una muestra de confianza brutal e imprevista.

Me siento tan rastrero... Mi dulce y tierno Worren...

He tomado una resolución. Se lo voy a decir. Le diré lo que ha pasado, pero que sigo queriéndole.

Queriendo... ¿Alguna vez le he dicho que le quiero? ¿Y él a mí? No puedo recordarlo. Bueno, somos chicos. Se supone que las declaraciones de amor son para las chicas, nosotros no tenemos esa necesidad de decirnos constantemente lo mucho que nos queremos, ¿no?

¿No?

Alberich pidió amor. ¿Eso es una declaración? No, no, claro que no. Él... Mierda. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué me ha hecho el amor? ¿Por qué, por qué, por qué?

Las dudas se agolpan en mi cabeza, con los remordimientos y el malestar. ¿Worren me dejará si se lo digo? Tendrá todo el derecho, pero esa idea me provoca ansiedad. No quiero perderle. Le amo. Es mi mundo. Joder.

—¿Lander?

Es su voz, despreocupada y cansada.

Mierda. Mierda.

Alzo la cabeza y lo veo.

—*¡Hola!*

El chico nuevo me sonrío, sorprendiéndome. Tiene unos ojos verdes de mirada franca y viva. Muy viva.

Él no es gris. No es un espectro en este mundo opaco. Él es todo color y luz.

Y cuando me mira siento que mi corazón casi, casi empieza a latir otra vez.

—Hola...

Worren es alto y robusto, y siempre sonríe.

Ahora su sonrisa parece alegre, como si estuviera contento de verme. ¿Lo está? ¿Lo estará cuando le diga que le he sido infiel? Dios.

—Has llegado deprisa.

Su sonrisa se ensancha.

Mis labios se mueven sin mi consentimiento y responden con otra sonrisa, leve y tope. No quiero, pero lo hago, porque su luz es contagiosa. Cuando me mira me hace sentir importante.

—¿Me prestas el libro? No lo tengo todavía.

Hay veinte alumnos más en nuestra clase, ¿por qué me lo pide a mí? Se lo paso sin decir nada y vuelvo a mirar por la ventana.

—¿Cómo te llamas?

Él insiste en hablarme. Me presta atención cuando los demás han decidido dejarme de lado. Vuelvo lentamente la cabeza. Su mirada es franca y su sonrisa, llena de luz.

Mi corazón da un leve brinco.

¿Es vida esto que siento?

Worren cierra la puerta tras de mí, y aquí mismo, en el recibidor de su pequeño apartamento, me abraza y me besa en la boca, profundamente.

Jadeo, me aferro a su ropa. Me besa... no me besa mucho, pero lo hace ahora. Me sobreviene la desagradable sensación de que lo sabe, pero no puede ser, ¿verdad? ¿Verdad? No puede saberlo hasta que yo se lo diga, tiene que venir de mí, tiene que saberlo por mí...

Worren suspira contra mis labios. Abandona mi boca anhelante de más y me sonríe de esa manera que casi le cierra los ojos. Me recuerda a un zorro. Su sonrisa es ancha, luminosa, tan llena de esplendor... me roba el aliento.

Estira a un lado el cuello de mi camiseta y me besa en el hombro apasionadamente. Trago saliva, tengo un nudo en la garganta.

Tengo que pararlo. No puedo hacer esto. Tengo que decirle lo que he hecho.

Tengo que...

No me sale la voz. Lo intento, pero cada vez que abro la boca él me besa, o me toca, y pierdo el hilo. No puedo.

—Worren...

—Lo sé, guapo.

Vuelve a mi boca, penetrándola con su lengua audaz, me besa profunda y ardientemente.

Sonríe, robándome el aliento, dejándome sin respiración y con las piernas de mantequilla. Me toma del hombro y me da la vuelta.

Alberich acude a mi mente. Hizo lo mismo anoche. Al principio no me gustó porque me recordaba a Worren, pero fue diferente. Ahora sí es Worren. Sí sé cómo funciona, y sé que no me gusta.

Esto... no me gusta.

—Worren...

Mi voz tiembla. Él me besa en el cuello.

—Ya, ya...

No es eso, ¿cómo puede ser tan obtuso? No es eso... No quiero esto, ahora no, todavía no...

No me salen las palabras.

Con una mano me sujeta contra la pared, con la otra me baja los pantalones, sólo hasta medio muslo. ¿Para qué más? Ya tiene paso adonde quiere.

—Wo... rren...

Sus dedos alcanzan mi boca, me la abren, entran dentro. Temblando se los lamo por pura inercia.

Espera, no... esto no, ahora no, necesito que me escuche... pero no puedo resistirle, no puedo hacer nada cuando me mira, cuando me toca. Él es la llama, y yo la polilla. No puedo hacer nada.

Lo noto entre mis nalgas, buscando mi entrada. Ya está duro y listo. En parte me siento orgulloso. Esto es lo que le provoco, esta reacción casi inmediata.

—*Qué lástima de chico.*

—*Sí, la verdad, era un niño tan tierno...*

—*Es una pena lo que pasó.*

—*Sin duda, sin duda.*

—*Debió quedar muy traumatizado.*

—*He oído que no se relaciona con nadie, ni siquiera con su hermano.*

—*Yo tengo entendido que cree que está muerto, pero la parca se olvidó de recogerlo cuando vino a por sus padres.*

—*¡Pobre niño!*

—*Míralo, ahora parece un muñeco vacío.*

—*Es cruel pensarlo, pero es verdad, sí que lo parece.*

—*Es como si estuviera hueco.*

—*Como si estuviera muerto.*

—¿Quieres una peli?

Lo miro lentamente.

Me sonrío, satisfecho. Parece cansado, y cómo no estarlo, me ha follado y ha acabado dentro de mí. No estoy ni cerca del orgasmo. Sigo apoyado en la pared, trémulo, excitado y con los pantalones a medio bajar... pero me pregunta si quiero ver una película.

Sé que es con buena intención. Lo sé. También sé lo que pasará. Está siempre tan cansado... Se quedará medio dormido y yo lo llevaré a la cama, y allí me volverá a follar como ahora. No sería la primera vez.

Tampoco la última, ¿verdad?

—No puedo.

Mi voz sale sin mi consentimiento, me sorprende a mí mismo. Acabo de decirle a Warren... que no. Él también parece sorprendido, alza las cejas y me mira con curiosidad. Me siento un poco asustado.

—Mi hermano volverá pronto, así que tengo que hacer limpieza y...

No es mentira en realidad. Desde la muerte de mis padres mi hermano es mi tutor legal, pero pasa mucho tiempo fuera. Volverá pronto, es verdad, aunque no sé exactamente cuándo. Pero el piso no necesita más limpieza.

¿Por qué estoy mintiéndole?

No es sólo una mentira. Tengo que salir de aquí. Este hueco en mi pecho... duele. Estoy sangrando. No puedo respirar. Me hace daño, joder.

—Claro.

Warren sonrío. Me cree. Es tan dulce que me cree.

Soy un cabrón. Soy un maldito bastardo mentiroso y cobarde.

No me atrevo a ir con él, a tener sexo otra vez. No me atrevo a decirle que follar de esta manera me deja vacío. Que me duele el pecho por el abandono que siento. No me atrevo a confesar que he estado con otra persona, y que he disfrutado como nunca.

—Te llamo mañana, ¿vale?

Worren me revuelve el pelo, luego me sube los pantalones y va hacia el salón. No me besa. Me gustaría que lo hiciera, pero no lo hace. Un beso forma parte del sexo. No hay sexo, no hay besos.

Ni siquiera se da cuenta de lo que me hace. No lo sabe. No lo ve. Él es tierno y no pretende hacerme daño. Pero lo hace.

—Vale —murmuro, pero no me oye.

Salgo. Fuera hace frío, ¿o soy yo? No, hace frío. Está mojado. Llueve.

En la otra acera Alberich me está mirando, empapado. Cae un rayo que ilumina sus serios rasgos. Serios y tiernos.

No puedo evitarlo. Me gustaría, pero no puedo. Necesito que me abrace. Necesito que me haga sentir querido, porque Worren... Worren sólo deja devastación en mi alma.

Sin pensarlo me lanzo a sus labios. Alberich me besa apasionadamente, colmado de dulzura, me aprieta contra su pecho.

Eso ya me hace sentir un poco mejor.

La lluvia sigue cayendo sobre nosotros.

==== Capítulo V ====

Mi casa está cerca de la de Worren. Eso siempre ha sido bueno. Más accesible. Podemos hacer el amor en cualquier momento.

Ahora, mientras Alberich me coge de la mano con firmeza, acariciándome el dorso con infinita ternura, pienso que en efecto está bien ubicada. Cerca.

Sigue lloviendo, empapándonos.

No ha hablado en todo el camino. De hecho sus labios no se han despegado desde que nos hemos besado hace media hora y nuestras lenguas han bailado intensamente entre su boca y la mía.

Pero me observa. No mira el camino que recorreremos, me mira a mí, con ardor. Noto esos ojos en mi nuca. Son tan intensos... Dios, ¿por qué estoy temblando?

Salimos del ascensor y le abro la puerta, pero él la sujeta para que yo pase primero. Titubeo. Mi hermano no está, por supuesto; mi casa solo para nosotros. Pero esta vez «nosotros» no somos Worren y yo... Somos Alberich y yo.

Lo estoy traicionando otra vez. Lo sé. Pero no puedo soportar este dolor, este vacío. Tampoco puedo soportar la idea de perderlo. No sé qué hacer, y Alberich parece ser una salvación. Por ahora. Por un rato. Está ahí siempre, me hace sentir mejor.

Entro. Él me sigue y cierra. Está a mi espalda. No me toca, pero está muy cerca, lo noto.

—Eh, Lander...

Su voz me acaricia, una de sus manos me roza la nuca gentilmente, por entre mi pelo negro y demasiado largo. No lo miro. Se acerca un poco más. Sus labios rozan mi oído, y me estremezco.

—¿Estás seguro?

Me lo susurra, dubitativo.

Si tenía dudas, desaparecen ahora. Alberich me pregunta si quiero. Él me tiene en cuenta a cada paso. Él no hará nada si ahora digo que no.

Worren no me habría preguntado. Daría todo por sentado. La consideración de Alberich... esto es un bálsamo para mis heridas.

Me vuelvo lentamente. Dios, está muy cerca, no se molesta en apartarse. Me mira con sus serios y oscuros ojos... parece ansioso. Preocupado.

Preocupado por mí.

Me entenece.

—Sí.

Mis labios murmuran la palabra en un suspiro quedo. Mis brazos se alzan, enredo los dedos en su pelo, encuentro sus labios y lo beso.

Se estremece en mis brazos. Siento como si se derritiera. Me hace sentir... poderoso.

Murmura mi nombre con voz ahogada, sus manos encuentran mis caderas, su boca responde con ardor, pero dulcemente. Oh, esto es lo que quiero. Esto es lo que necesito. La dulzura de Alberich. La ternura de Alberich.

El amor de Alberich.

¿Amor?

Nuestros labios se separan, y yo lo miro. Estamos abrazados en el recibidor, empapados. El cabello mojado se le pega a la frente y las mejillas, enmarcando un rostro de rasgos marcados, fuertes. Es muy pálido, ¿o es el contraste con ese pelo negro como la noche? Tiene las pestañas negras y oscuras. Esos ojos son como el mar profundo, azules, insondables... Y me miran llenos de una desgarradora ternura.

En mi pecho se enciende algo. Algo que me ahoga. Me asfixia. Es caliente y me dan ganas de llorar. ¿Qué es? ¿Qué me está haciendo sentir? ¿Qué...?

Lo noto tiritar, eso me distrae. Yo también estoy temblando. Estamos mojados y hace frío. Sonrío débilmente, y al parecer no sabe responderme porque parece perdido un momento. No importa que no lo haga, es suficiente con cómo me mira.

—¿Puedo? —pregunto en voz baja.

Parece un poco desconcertado. Se encoge de hombros, dándome carta blanca.

Es extraño poder hacer lo que quiera con alguien como Alberich. Siempre me he dejado llevar por los demás. Por Worren. Él tiene las riendas, no yo, pero Alberich me las da y sólo me observa, atento.

¿Qué pretendo hacer con este joven tan decidido a estar ahí para todo?

Quiero...

Por lo menos quiero devolverle lo que me ha dado.

Me siento inseguro, pero cuando lo beso sus labios responden con suavidad y ternura.

Quiero más. Quiero darle más.

Me estremezco. Hace frío. Tengo que quitarle la ropa, tengo que...

... quitarle... la ropa.

Me relamo, y mi lengua roza sus labios cuando lo hago.

Bajo las manos por su pecho. Es de constitución fuerte, es alto y robusto. Cojo el borde del delgado jersey de cuello bajo, quitándoselo. Cae al suelo. *Choff*. Le desabrocho los botones de la camisa, uno a uno. Me observa atentamente con sus penetrantes ojos azules. Recorro su torso de marcadas y fuertes líneas, contemplando la blanca piel. Doy con el cinturón. Lo suelto, lo dejo caer. Desabrocho el botón y bajo la cremallera.

Me tiemblan los dedos.

—Lander...

Murmura mi nombre de un modo tenso... anhelante. Le sonrío con cierta torpeza, y sus ojos se llenan de confusión. Es como si no supiera sonreír, como si hubiera algo triste tras sus negras pupilas, tanto que no es capaz de expresar alegría.

No puedo evitarlo, vuelvo a besarlo, y mientras lo hago meto una mano dentro de sus pantalones, toco lo que tiene entre las piernas.

Gime entre dientes, roncamente. Está duro y caliente.

No puedo comprender por qué dos personas como Worren y Alberich... Por qué alguien como yo les provoca esto. No soy nada. Soy una sombra en la oscuridad, un rostro sin vida hasta que la luz se enciende. Soy la polilla.

Pero Alberich no es luz.

Aun así me siento vivo con él... Más que nunca.

Más que cuando Worren me llena.

Beso sus labios, su mentón. Su garganta. Levanta la cabeza, exponiéndose. Le doy un leve mordisco, él jadea. Sus manos aferran mis brazos, las mías lo acarician, el torso, la entrepierna, me da igual.

Mis labios descienden lentamente por su pecho. Su piel está húmeda y caliente. Sigo bajando, rozo la línea entre sus pectorales, su estómago, su vientre liso. Estoy de rodillas ante él.

Alzo la mirada. Alberich también me mira. Los ojos le arden. Reconozco ese fuego. Lo que no reconozco son las cadenas que lo contienen.

Se contiene. Por mí. Por mí...

De alguna manera me hace feliz como nada lo había hecho hasta ahora.

Nada.

Con las manos le bajo los pantalones y los calzoncillos.

Dios santo. ¿Qué es... eso? ¿Siempre ha sido así de grande? Es...

impresionante... y gloriosa. ¿Yo he tenido *eso* dentro? ¿Cómo?

—¿Lander...? —murmura Alberich.

—Necesito tu ayuda.

Duda hasta que tiro de los pantalones. Levanta un pie, luego el otro, así lo puedo desnudar del todo.

Ya está. Desnudo contra la puerta de mi piso, en mi recibidor. No parece intimidado. Oh, no se avergüenza en absoluto, ¿y quién lo haría, estando así de dotado? Me mira con atención, sin un ápice de pudor, erguido y enhiesto y caliente y húmedo.

Y me encanta.

Me... encanta.

Worren...

Irrumpe en mis pensamientos, recordándome que estoy con alguien, que esto está mal.

No puedo hacer esto. Pero tampoco puedo parar ahora. Es un error, no es justo para Worren y tampoco para Alberich, ni siquiera para mí mismo, pero no... puedo... parar.

Es este pensamiento el que inunda mi mente cuando cierro los ojos y avanzo, y mis labios dan con su enhiesto sexo.

Alberich coge aire bruscamente. Está tenso. Saco la punta de la lengua y lamo con lentitud. Contiene el aliento. Alza la cabeza y ya no puedo ver sus ojos, pero no importa. Le oigo respirar. Lo siento latir contra mi boca.

Me gusta esta sensación, el poder que siento.

Vuelvo a lamerlo, lo noto temblar. Aprieta los puños, tenso.

—¿Te hago daño? —pregunto, dubitativo.

—Demonios, no... —responde con la voz enronquecida.

—¿Te gusta?

—Joder. Sabes que sí, Lander.

Una parte de mí lo sabe. Es instintivo. Pero otra teme fallar, teme no llegar, pasarse, errar.

Pero le gusta. Eso me anima a seguir, a darle algo de lo que él me dio anoche.

Lo lamo, lo beso, lo oigo jadear. Abro la boca y lo acojo en ella, lo saboreo, jugueteo. Su respiración es agitada. Dios, es inmenso.

—Lander... —jadea con voz ronca.

Muevo la cabeza, envolviendo su sexo con los labios, acariciándolo con la lengua.

Adelante, atrás. Dentro, fuera, más hondo... No puedo con todo, no cabe. ¿Debería poder?

—¡Lander...!

No hago caso, sigo moviéndome. Intento tragarlo entero. Cuando la punta roza mi garganta se me escapa un gorjeo. No puedo ir más allá. ¿Es suficiente? Lo hago más deprisa, y él jadea.

—Lander, joder, para...

Su voz es un gruñido ronco. Lo noto. Se estremece en mi boca. Sé lo que va a pasar, lo que trata de impedir, y no me importa. Juego con el glande, lamo con fuerza, lo rozo con mis dientes.

Y entonces sucede. Estalla, me llena la boca de algo tibio, espeso y con un regusto salado. Hay tanto...

Alberich jadea algo cuando me lo saco de la boca. Por un momento no sé qué hacer. Trago por instinto.

—Lander...

Su voz está enronquecida y ahogada. ¿Está satisfecho? Debe estarlo. Me relamo. Ah... estoy caliente. Mucho.

De pronto sus manos me encuentran, tiran de mí, me levanta del suelo. Me besa en al boca. Me da vergüenza, debo saber a... a él, en cierto modo. ¿Lo nota? ¿Lo saborea?

Me abraza con fuerza, me pone contra la pared. ¿Pero cómo he llegado aquí? Ah, la ropa mojada está fría. Sus labios no. Sus labios son calientes y deliciosos.

Él es delicioso.

—A... Al... berich...

Mi propia voz me traer recuerdos de esta misma mañana. Quise darle las gracias, pero no me dejó.

Sus manos me aferran, me acarician, sus brazos fuertes me rodean, sus labios devoran los míos.

—Eh... —logro hablar entre respiraciones entrecortadas y lenguas que se acarician—. Pensé... que los besos de... agr... decimiento... no estaban... permitidos.

Deja de besarme. Ah, ¿no debí decirlo? Me mira con esos profundos y oscuros ojos.

La veo. Es una chispa en sus pupilas, como una tímida llama que se extiende de esas profundidades insondables hasta sus labios.

Alberich sonríe, con torpeza, s , pero es la sonrisa más hermosa que he visto nunca. Es como si una honda tristeza se apartara para dar paso a una tierna y vulnerable felicidad.

—Eso sólo se aplica a ti —murmura con voz dulce.

Oh, dios, esa sonrisa... me roba el aliento.

—Pero no es agradecimiento —dice muy bajito, mirándome intensamente al apoyar su frente en la mía—. Es simple y puro amor.

Me estremezco.

Alberich cierra sus bellos ojos, pero no deja de sonr er. Es tierno y sereno.  Qu  ha dicho? De amor...

Me siento perdido.  Es una declaración? Se ha declarado, con toda la obviedad. No se cómo reaccionar. Está desnudo y aún saboreo su sexo y su lengua en mi boca, pero no s  qué decir ante eso.

Tras unos instantes él responde por mí, no con su voz, con sus labios. Vuelve a besarme, y temblando me abandono a esos labios tiernos.

Me toca.

Doy un respingo. Pero,  c mo?  No est  cansado?  No ha terminado?  Por qué me est  tocando... ahí?

— A-Alberich...?

Me besa bajo el oído, provoc ndome un delicioso estremecimiento.

—Yo no soy como él, Lander —murmura—. Yo nunca te dejar  insatisfecho.

 Qu ?

—No es ne...

Me interrumpe sin compasión al meterme la mano bajo los pantalones y tocarme. Sus dedos arden, pero mi sexo también. Gimo temblorosamente. Me besa en los labios, tomando mi aliento, dándome el suyo... Con la otra mano empieza a quitarme la ropa. Trato de moverme y ayudarle, pero me siento torpe y lento.

Murmura mi nombre contra mis labios. Me siento más caliente... y más desnudo. Poco a poco se desprende de mi ropa, dejando caer por último los calzoncillos al suelo.

Me estremezco. Sus manos recorren mi pecho, mi cintura, mis caderas. Me besa en al boca y vuelve a envolver mi sexo con sus dedos largos y ardientes, haciéndome gemir.

—Ah... Albe... rich... —musito, aferr ndome a sus hombros.

—S , así... —murmura, sin dejar de besar mis labios, mi cuello, mi garganta—.

Di mi nombre...

—Albe...

Me mordisquea el cuello, haciéndome temblar y gemir. Sigue tocándome, me envuelve, sus manos me están llevando al límite. No es esto lo que pensaba, no era lo que buscaba, sólo necesitaba su dulzura, su ternura... pero... es... tan... bueno...

—¡Alberich...!

Siento que viene. Gimo con fuerza, me aferro a él, y el orgasmo me sacude en oleadas de un placer desenfrenado, dejándome desmadejado en brazos de Alberich, que me sostiene y me acuna.

¿Por qué cuando él me lo hace es mejor que cuando me lo hago yo? ¿Es la manera en que se mueve? ¿Es que me besa y me toca a la vez?

—Oh, Lander...

Suspira en mi oído y me besa tiernamente en la sien. Mi frente está apoyada en su hombro, sus brazos a mi alrededor, mis manos en su espalda. Estamos desnudos y húmedos, ¿pero es la lluvia o el sudor? Ya no lo sé. Y en realidad ni siquiera me importa.

—Debería llevarte a la cama —murmura Alberich—. No quiero hacértelo otra vez contra la pared.

Mi cuerpo reacciona con un escalofrío de anticipación, y el calor se expande en mis venas.

Hacérmelo.

Ah... No hemos terminado, ¿verdad?

Supongo que en otra situación la perspectiva me provocaría, por lo menos, hastío. Pero no ahora. No con él. Con él no significa aguantar, significa disfrutar... más aún.

Asiento débilmente con la cabeza. Me enderezo.

—Vamos a mi cuarto.

De pronto siento vergüenza. En mi cuarto con Alberich... En mi pequeño santuario privado.

Worren no ha entrado nunca.

Y por algún motivo me parece bien. Que Alberich esté donde Worren no ha estado...

¿Es despecho?

No. No quiero hacerlo. No puedo hacerles esto, a ninguno de los dos. No lo merecen... La luz de Worren, la ternura de Alberich... No...

—Muy bien.

Me besa en los labios, casi casto. Titubeo. ¿Qué... estaba pensando? He perdido el hilo. Me mira con sus profundos ojos azules y sólo quiero besarlo también, y tocarlo y abrazarlo y llevarlo a mi cama y hacerle el amor hasta la extenuación.

Me ruborizo como una puta colegiala, me arden las mejillas.

Para que no lo vea, y no sé por qué tengo que esconderme después de todo lo que hemos hecho, me aparto y voy hacia mi cuarto.

Dios. Estoy desnudo.

Alberich me sigue, su mano acaricia mi espalda, recorre mi columna y roza mi nuca, y me hace estremecer.

Mi habitación es pequeña y acogedora. Ah, la cama... la cama es para uno.

—Quizá deberíamos ir a otra parte —murmuro, dubitativo.

—No hace falta, tu cama es perfecta.

Él no duda. Me empuja a ella, me besa en la nuca, en los hombros. Trepo hasta quedar boca abajo, pero sus manos toman mis caderas, me obliga a dar la vuelta.

Esa mirada parece amarga y tensa.

—No, Lander —murmura Alberich—. Quiero mirarte a la cara mientras hacemos el amor.

Me estremezco.

Yo también quiero hacerlo así.

No sé qué hacer. Con Worren siempre es... al revés. Siempre de espaldas.

¿Quién es Alberich? ¿Por qué parece conocer mis más profundos anhelos?

Se agacha, se arrodilla entre mis piernas. No sé cómo hacer esto. Me siento... primerizo. Pero la primera vez fue más fácil, mi inexperiencia era obvia. Ahora quizá él espera que sepa cómo actuar, pero no lo sé.

—Nunca voy a tratarte como él lo hace, Lander.

Su bronca promesa me hace estremecer. Se arquea y me besa en el vientre. Jadeo. Con la lengua recorre mi torso desde el ombligo hasta mi garganta, haciéndome temblar. Besa, mordisquea. Se sostiene con una mano, la otra baja a mi pecho y juega con mis pezones. Oh, dios.

—Albe... rich...

Se endereza y me mira, su mano recorre mi torso. Tiemblo. ¿Qué iba a decir? Ah, sí.

—No tienes... que ser tan... cuidadoso. De verdad.

¿Me está mirando con lástima? No, no es posible.

—Lander.

Se inclina. Su rostro queda a un suspiro del mío. Esa mirada intensa y fiera me intimida. Intento retroceder, apartarme, pero no puedo, sólo hundo la cabeza en la almohada. No puedo desatarme mi mirada de la suya.

—Ser cuidadoso contigo... —Su voz es baja y grave—. Hacerte sentir bien... Satisfacerte... Todo esto es lo que yo quiero. Y mientras tú lo aceptes, lo seguiré haciendo.

Por algún motivo siento que mis ojos se han llenado de lágrimas otra vez. Él me hace sentir de un modo diferente. No soy una polilla, no soy una sombra gris. Soy yo. Con Alberich soy yo.

Por instinto le rodeo el cuello con los brazos y beso su boca, desesperadamente. Responde, ardiente, tan dulce, tan tierno...

—Lander...

Sus labios se separan de los míos, sólo un poco, lo suficiente para hablar.

—Te amo.

Mi corazón deja de latir.

Lo miro a los ojos y sólo veo sinceridad. Sinceridad... y amor.

Me ama. Ha dicho que me...

Dios mío. No puedo hacer esto. No puedo hacerle esto a él. Estoy con Warren. No puedo usar a Alberich de esta manera, ¿en qué estaba pensando? Tengo que parar.

Me doy cuenta de que una lágrima cae hacia la almohada. La mirada de Alberich se oscurece.

No dice nada. Se inclina y lame mis lágrimas, seca mis ojos con infinita ternura, y eso sólo me hace sentir peor. Su dulzura es descarnada. Me muestra su corazón vulnerable con cada gesto, ¿y yo qué estoy haciendo con él?

Desesperadamente me aferro a su cuello, me aprieto a su cuerpo.

Desesperadamente sigo clavando un puñal en ese corazón dulce y devoto.

Desesperadamente me pierdo en sus besos, en sus caricias y en esos dedos expertos que me hacen ver las estrellas como nunca nadie lo había hecho.

==== Capítulo VI ====

Alberich se ha levantado tras un casto beso en la sien.

No tengo fuerzas para preguntarle adónde va. No quiero que se vaya, adoro el calor de su cuerpo contra el mío, pero no puedo mantener ni siquiera los ojos abiertos.

¿Cómo lo hace para dejarme... así? Todo el placer, toda la tensión... y ahora no puedo ni moverme.

La puerta se abre otra vez, oigo sus pasos. Ha tardado poco. ¿Y qué es ese sonido? ¿Agua? Entreabro los párpados a duras penas. Alberich lleva sus pantalones, que parecen mojados todavía. Me gustaría decirle que se los quite... Mmm, desnudo otra vez... No, no. Debe tener frío.

No puedo hablar de pura y gloriosa extenuación.

Deja algo sobre la mesa. Es un cuenco grande. Ni sabía dónde estaba. Me relamo los labios. Del cuenco saca un trapo y lo escurre. Ah, es agua...

Con cuidado pone el trapo en mi cuello.

Me estremezco. Está tibio. Me mira, muy serio, pero muy suave.

Me limpia el cuello con ternura. Sumerge el trapo y lo escurre otra vez, y lo pasa por mi brazo.

Me maravilla su total devoción, esta ternura. Adormilado siento que me va aseando, los brazos, la espalda, el pecho. Me limpia por completo con el trapo tibio. No puedo contener un suspiro de bienestar.

Noto sus labios en mi frente.

—Duerme...

Su voz es un murmullo.

Dormir... Eso suena bien.

Cuando despierto no sé qué hora es, sólo sé que Alberich me abraza, que encajamos a la perfección los dos juntos en mi cama. Que se está bien. Estoy desnudo, pero no me importa en absoluto.

Como si supiera que he despertado él me besa en los labios, dulcemente, y empieza a acariciar mi cabello con ternura.

Quizá debería decir algo. O tal vez no. Tal vez el silencio es perfecto ahora. Sólo suspiro, dejando que mis brazos se enreden en su cintura. Podría dormirme otra vez...

No. No, me gusta esto, quiero estar así. No quiero perdérmelo.

Es Alberich quien rompe este plácido silencio.

—¿Puedo preguntarte algo?

Lo dice en voz baja, casi con temor reverencial de romper este momento mágico.

—Claro —le aseguro.

Alzo la cabeza y veo que me mira. Es una mirada dudosa, amarga. Se relame los labios. Mmm, quiero besárselos.

—¿Cómo empezaste a salir con Worren?

Worren.

Dios.

No pretende hacerme daño, pero la mención me golpea como una bofetada.

—No tienes que decírmelo si no quieres.

Ahora parece arrepentido. Me entenece la manera que tiene de pensar en mí para todo.

«Te amo», dijo. Esas palabras oprimen mi corazón, agresivas, cortantes, crueles.

Me ama y me pregunta cómo conocí a mi novio. Lo peor es que sé que quiere la verdad. Una mentira piadosa no le gustaría. Quiere la realidad, dura y brutal. Lo admiro por ello.

Por supuesto, Alberich no estaba aquí cuando Worren llegó. Vino al instituto cuando teníamos... ¿dieciséis años? Worren vino a los quince, y aunque nuestra discreta relación no empezó hasta más tarde, aquel... aquel era el principio.

Así que se lo diré. Se lo explicaré todo... y quizá al decirlo en voz alta yo mismo entienda cómo puedo estar haciéndole esto a dos de las personas más maravillosas que conozco.

Apoyo la cabeza en su hombro, y él me envuelve en sus brazos.

—Worren llegó al instituto a los quince años —explico en voz baja—. Tras la muerte de mis padres cuando yo era pequeño, y con mi hermano viajando a causa de su trabajo, veía mi mundo... como si no fuera mío. Es difícil de explicar.

Como si me estuviera animando me besa en la cabeza.

—Es como si lo viera todo en gris. Todo era opaco y sin color.

—¿Aburrido?

—Más que eso. No es que no tuviera amigos, no es que no saliera por ahí o no me divertiera. Todo estaba... vacío. Los lugares, la gente, las actividades. Todo era vacío y deprimente. No había nada que me motivara, nada que me interesara en realidad. Mi

vida sólo era dejar que los días pasaran, sin esperar nada, porque no había nada que esperar. Estaba sólo y vacío en un mar de matices grises. Estaba rodeado de sombras. Estaba muerto, no tenía corazón, ¿entiendes lo que quiero decir?

—Creo que sí.

—Cuando llegó Worren... Fue como si el sol se abriera paso en un cielo que había pasado encapotado muchos años. Sólo con su presencia trajo luz y color a mi mundo gris. La primera vez que me habló fue como si se rompiera el silencio y sonara por primera vez la música. Me trajo la vida misma.

—Sé lo abrumador que es.

¿Lo sabes? Por supuesto... también ha estado cerca de él, conoce su efecto.

Durante dos años Alberich y yo fuimos a la misma clase... y yo casi no puedo recordarlo. Vagamente recuerdo al joven y distante muchacho que se ponía en la última fila, atendía a clase y no se relacionaba con nadie, pero no sé si nunca he hablado con él entonces. Ni después del colegio.

De hecho... no habíamos hablado jamás hasta que se acercó a mí en ese callejón, llenándome de promesas y palabras de amor.

—Quedé eclipsado de inmediato por él —admito—. Su luz me atraía. Era como el canto de una sirena. Como la llama para una polilla. Su voz, su sonrisa, su mirada... No lo sé. Todo en él me llevaba a querer mirarlo, a estar cerca.

—Se llama carisma. Worren tiene mucho de eso.

—Todo el mundo rondaba a su alrededor.

O casi. Hay personas que no lo hacen. Como Alberich. ¿Cómo se resiste alguien a esa intensa marea que es Worren?

—Yo no esperaba ser ni más ni menos que los demás. Otro compañero del que sabía el nombre y al que prestaba el boli si podía. Me sentí muy afortunado cuando me propuso hacer juntos el trabajo de química. Se convirtió en una constante, ¿sabes? Trabajar juntos, incluso a veces quedábamos para estudiar. Todo tenía relación con el instituto... hasta que me propuso que fuera a dormir a su casa.

Oh, recuerdo ese momento. Recuerdo con exactitud cómo se acercó con su gran sonrisa, se apoyó en mi pupitre y me dijo que qué me parecía ver una peli en su casa y quedarme a dormir.

La sensación es casi inexplicable. ¿Cómo poner en palabras lo que sentí en ese instante? Como haber sido tocado por un ángel, como si un ser divino hubiera posado su mano en mí. La satisfacción, la incredulidad, la gloria de haber sido elegido... todo esto

no cabía en mi pecho en ese entonces.

—Sólo iba a ser una película y dormir. Worren nunca ha tenido mucho tiempo libre. Quería pasarlo conmigo, ¿cómo podía decirle que no? Era... era el centro de mi vida.

—Lo sé.

Lo miro. ¿Lo sabe? ¿Era tan obvio? Alberich... ¿Me miraba en el instituto? ¿Me veía desvivirme por Worren, desesperar por su atención, desfallecer por su sonrisa?

Siento el deseo de disculparme, pero no lo haré. ¿Cómo puedo decirle que lamento no haber notado su mera existencia porque estaba absorto, absorbido por otro hombre?

—Sólo era una película.

Sus ojos están clavados en los míos, y no puedo apartar la mirada.

—Worren... Worren se adormiló en seguida. En cuanto paraba parecía tan cansado...

Traté de despertarlo y lo llevé a su cuarto. Estaba medio despierto, así que lo ayudé a quitarse la ropa y ponerse el pijama.

En realidad no sé muy bien qué pasó. De pronto me besó. Fue un beso torpe, incluso, si lo pienso... No sé. Triste.

—Me dijo si quería dormir con él. Le dije que sí. Entonces me abrazó y empezó a...

No soy capaz de darle los detalles morbosos, cómo Worren me tomó en sus brazos y me hizo el amor. No es justo para Alberich.

Pero rememorando esto recuerdo algo... algo que me desconcierta. Mientras me lo hacía Worren no dijo mi nombre, ¿verdad? No puedo acordarme bien.

—¿Lander?

Doy un respingo y noto que Alberich sigue esperando.

—Ya está —digo—. Empezamos así. Supongo que no fue muy romántico, pero no podría haber sido mejor. La persona que me gustaba me hizo el amor y a partir de entonces me dedicó cada minuto de su tiempo libre.

—¿Fue tierno?

—¿Qué?

—Worren. ¿Era tierno contigo al principio?

Titubeo, sorprendido por tan extraña pregunta.

—Sí —respondo al final—. Sí, al principio fue tierno.

Pero mientras lo digo sé que no es cierto. La primera vez lo fue... ¿o sólo lo he idealizado? No lo sé. Luego siempre fue así, rápido y explosivo y vacío. Sobre todo vacío.

Muy... vacío.

¿Qué cambió? ¿Fui yo el que idealizó aquella primera vez? No, no, recuerdo cómo me besaba, cómo me acariciaba. Recuerdo que no paró hasta hacerme terminar. Recuerdo su dulzura y su tierna sonrisa adormilada. No estaba del todo despierto, creo, ¿pero importa mucho?

Cuando lo hicimos por segunda vez... me dejó un poco decepcionado. Era totalmente distinto. Pensé que estaba cansado, y es natural. A la tercera tenía prisa. Y a la cuarta.

Worren... siempre tiene prisa, o está cansado. Al principio creí que me llamaba aún sin tener tiempo porque me amaba, porque necesitaba verme y hacerme el amor, porque es apasionado y ardiente. Y eso me gustaba.

Pero últimamente siento que... siento...

Siento que es mentira.

—Eh.

Dulcemente Alberich me besa en la sien. Cierro los ojos y me besa también los párpados. No los abro mientras trago saliva y contengo este dolor, esta tristeza, esta desesperada agonía.

—Yo le quiero —musito en voz muy baja—. Pero no sé si él me quiere a mí.

Ya está. Lo he dicho. Pero no me siento mejor.

¿Worren me ama? ¿Me ha amado alguna vez? No me lo ha dicho nunca. Lo noto desapegado. Oh, es brillante y luminoso y su sonrisa es franca y amable, me llama todos los días... Y siempre que nos vemos acabamos follando rápido porque está cansado o tiene cosas que hacer.

—Díselo.

Abro los ojos. La mirada de Alberich es dura y tensa.

—Dile cómo te hace sentir —insiste—. Sé franco. Que te sientes abandonado y vacío y necesitas que te preste más atención. No es malo querer que la persona a la que amas te preste atención.

Trago saliva. ¿Qué... está diciendo?

—¿Estás seguro de lo que dices? —murmuro.

¿Quieres que arregle mis problemas con Worren, que sea feliz con él? ¿Y qué hay

de ti? ¿Qué hay de tu propio corazón?

Dios, ¿cómo alguien puede ser tan noble?

Alberich lanza una media sonrisa, un poco seca, un poco irónica, un poco amarga.

Sus manos me acarician la espalda y el pelo.

—Tranquilo, Lander. No importa lo que pase, yo siempre te amaré.

==== Capítulo VII ====

La ropa sigue mojada, de manera que logro que Alberich se quite los pantalones y lo ponemos todo en la secadora.

—¿De verdad que no quieres que te preste algo de mi hermano? —insisto.

Niega con la cabeza. Lleva un albornoz; de hecho nunca hemos usado en casa, pero siempre ha estado ahí. Supongo que sería de mi padre, pero si se lo digo se lo quitará, así que callo.

Me apoyo en la pared, observándolo. Tiene el pelo revuelto y los ojos clavados en el tambor de la secadora, que da vueltas sin parar. Parece pensativo. Lejano.

Siento que este silencio no me gusta.

—¿Quieres que vayamos al salón? —pregunto.

—No te preocupes por mí —responde Alberich—. Cuando salga la ropa tendré que irme.

—¿Tan pronto?

No comprendo mi propio anhelo. He decidido que voy a arreglar las cosas con Worren, ¿no?

¿Por qué Alberich tira de mí de esta manera? ¿Por qué lo quiero a mi lado?

—Tengo que trabajar. —Se encoge de hombros.

—¿Trabajas?

—Vivo solo, ¿recuerdas?

Es verdad. Dios mío. Han pasado muchas cosas en muy poco tiempo. No sé nada del chico con el que me he acostado.

Me he acostado con él dos veces.

Mierda, mierda y mierda. Doy asco.

—¿De qué trabajas?

—Soy teleoperador. De nueve a dos me dedico a hacer y recibir llamadas a un teléfono especial que tengo en el ordenador.

—Pero... Pero son...

—Lo sé. Hoy haré el turno de tarde. No pasa nada, los superiores son flexibles. Además no fallo nunca, así que no hay problema.

Siento un ramalazo de culpabilidad.

—Lo siento...

—Eh.

Me mira con esos profundos ojos azules. Me estremezco.

Esos ojos... me gustan esos ojos.

¿Por qué?

—Eres el único motivo por el que haría un cambio en mi trabajo, Lander. Y es decisión mía. No hay nada que tengas que sentir.

La manera en que lo dice, la manera en que me mira, todo ello hace que me estremezca.

Desvió la mirada, incapaz de combatir con su corazón en llamas, el que veo a través de esos ojos azules.

—De todos modos vamos al salón. Este cuarto siempre es frío.

Paso a su lado y le doy una palmadita en el brazo.

Cuando me doy cuenta me ha abrazado por la espalda, me besa en el cuello y sale por su cuenta.

Dios. ¿Qué pasa con él?

Alberich y yo no hablamos en el instituto, ni he sabido nada de él desde entonces. No sé qué ha sido de su vida ni qué ha hecho hasta ahora. No sé qué notas sacaba ni cuáles eran sus pretensiones para el futuro.

Pero me sorprende lo fácil que es hablar con él.

Nos sentamos en el sofá y charlamos con tanta naturalidad que me parece imposible no haberlo hecho antes. No es así con Worren; Worren lleva la conversación como él quiere, adonde él quiere, y yo sólo lo sigo.

De hecho Worren tiene poco tiempo para conversación.

Alberich es diferente. Con Alberich es tan... fácil.

—Pero entonces, ¿desde cuándo vives solo? —le pregunto.

—Tú vives solo.

—No, yo vivo con mi hermano, que es mi tutor legal, lo que pasa que está mucho tiempo fuera.

—Vale. Worren vive solo.

—Worren vive con sus padres —ríe—. Pero tampoco están mucho en casa.

Alberich se queda callado unos momentos. Desvía la mirada de mis ojos a su bocadillo.

—Desde los dieciséis —responde al final.

Parpadeo. Pero tiene diecinueve. La mayoría de edad es a los dieciocho, ¿cómo es posible?

—Mis padres me dieron la emancipación anticipada para quitármelo de delante.

Me estremezco.

—¿Qué? —murmuro.

Se encoge ligeramente de hombros, pero se quedan alzados.

—Mi madre era drogadicta —dice en voz muy baja, tanto que me acerco un poco en el sofá—. Y mi padre nos pegaba a ella y a sus hijos.

Dios santo.

—Cuando me... me harté... amenacé a mi padre. Le hice creer que tenía pruebas contra él a buen recaudo, y que o me daba la emancipación, o esas pruebas saldrían a la luz. Por supuesto si algo me pasaba saldrían a la luz igualmente... Así que se libró de mí como buenamente pudo.

—¿Si algo... te pasaba?

Me vuelve a mirar. Esos ojos están atormentados. Titubea.

—Lo que te voy a decir... —murmura—... no puede salir de aquí, ¿de acuerdo? Tienes que guardarme este secreto.

—Desde luego.

Me mira intensamente.

—Mis dos hermanos mayores murieron en... extrañas circunstancias.

Alzo un poco las cejas. No comprendo. Aún parece tener algo que decir.

—Mi padre los mató.

Noto que mi corazón se para.

—¿Qué...?

Mi voz sale aguda y ahogada.

¿Qué es lo que acaba de decir? ¿Su padre... mató a dos de sus hijos?

Pruebas contra él... Pruebas que saldrían a la luz si algo le pasaba. ¡Si intentaba matarlo!

—Yo era pequeño cuando murió el primero al caerse por el balcón. Se partió el cuello. No lo recuerdo mucho. Pero el segundo intentaba escapar de casa, de las palizas de mi padre. Lo vi todo desde la puerta de mi cuarto; mi padre lo pilló y empezó a gritarle y empujarle. Al final mi hermano cayó por las escaleras. Podría haberse salvado, pero mi padre se quedó mirándolo mientras se moría. Y yo tampoco hice nada.

—Dios santo, Alberich...

—No tienes que decir nada.

Boqueo. Bueno, ¿qué se dice ante esto?

¿Qué puedo hacer para borrar la agonía de esos ojos?

—Mis padres murieron cuando tenía nueve años.

¿Qué?

Me mira, sorprendido. Yo mismo estoy que no me lo creo. ¿Pero qué estoy diciendo? ¿Es una batalla de a ver quién da más lástima?

No. Quiero que se distraiga. Quiero... No sé. Empatizar con él, tal vez.

—Algo había oído —responde con cautela—. Debíó ser duro.

—Fue un atraco en la calle. Mi hermano estaba en casa estudiando, y ellos me llevaron a comprar.

—No tienes que contármelo.

Tú lo has hecho. Has compartido tu secreto más oscuro conmigo. Yo voy a hacer lo mismo. Voy a decirte cosas que ni siquiera Worren sabe.

—Eran tres —continúo en voz baja, mirándolo a los ojos—. Nos sorprendieron por detrás y cogieron a mi madre del pelo.

Frunce un poco el ceño, y parece nervioso.

Mi madre tenía un pelo precioso. Recuerdo su larga y espesa cabellera pelirroja entre los dedos de aquel criminal.

—Los otros trataron de apresar a mi padre, pero mi madre nos alertó. Recuerdo muy bien lo que dijo. «Llévate a Lander». Mi padre me cogió en brazos y echó a correr.

—Lander...

—Le dispararon por la espalda. Oí a mi madre gritar, y después noté un dolor punzante en la pierna.

Su mirada baja a mi muslo, donde tengo una pequeña cicatriz. Ahora voy vestido y bien cubierto, pero sé que la ha visto. ¿Se preguntó qué era?

—La bala atravesó el costado de mi padre y me dio a mí. Al principio no lloré, pero entonces mi padre cayó al suelo y vi toda la sangre encharcando el asfalto. Se oyó otro disparo y vi que mi madre también quedaba tirada. Los atracadores se fueron sin coger nada. Supongo que no eran atracadores en realidad.

Su mano me acaricia la mejilla. Ah, se me están cayendo las lágrimas. Ni siquiera me siento mal. Estoy muy sereno, pero las lágrimas brotan. No lo siento, ya no, pero lloro.

—Recuerdo la sangre —murmuro—. De mi padre, de mi madre, la mía. Se

mezclaba en el suelo. Empecé a gritar. Supongo que perdí el sentido, porque lo siguiente que recuerdo es estar en el hospital, muy seguro de que estaba muerto.

—Lander...

—Las enfermeras venían y me decían que había sobrevivido, pero yo no me lo creía. Estaba convencido de que había muerto con mis padres, que no podía haber vivido yo y no ellos. Esa sensación no desapareció con los años. Miraba el mundo y no me pertenecía. Miraba a la gente y era como ver espectros desvaídos. Yo no sentía nada. Ya te he hablado de esto. Estaba vacío. Muerto.

Supongo que ahora sí entiende lo que quería decir antes.

Que yo no estaba vivo. Todo era gris y espectral y moribundo, y mi propio corazón no latía. Sólo me quedaba esperar, simplemente esperar a que la muerte se acordara de que aún tenía un asunto pendiente conmigo.

—Entonces llegó Worren —murmura.

Parpadeo. Ya no lloro.

—Sí —asiento—. Entonces llegó Worren, y trajo la luz y la vida a mi alma arrasada. Cuando me miraba, cuando me hablaba, empecé a... a sentir. A sentir de verdad.

Su mirada es triste, desgarrada.

No lo sientas por mí, estoy bien ahora.

—Le debo todo lo que soy —murmuro—. Le debo estar vivo ahora.

De pronto se acerca y me abraza con mucha fuerza. Es un abrazo de consuelo. No lo necesito, han pasado diez años y no lo necesito... pero... lo agradezco.

Suavemente lo correspondo, y dejo que su ternura me acune.

==== Capítulo VIII ====

Entre muchas de sus actividades, Worren acude como profesor de defensa personal a una asociación a la que van niños que han sufrido agresiones físicas de padres o compañeros.

Estos niños necesitan saber que no están indefensos, que si alguien intenta hacerles daño van a poder defenderse. Worren se encarga de eso. Viene tres veces a la semana. Los niños lo adoran, desde los más pequeños hasta los mayores.

He estado aquí varias veces. En algunas ocasiones he estado dentro, he visto lo que hace, cómo lo hace. Se gana a esos pobres chiquillos asustados, lo adoran, y no quieren que se marche.

Worren suele apurar el tiempo todo lo posible con ellos. Supongo que es lo que está haciendo, porque su turno terminó hace media hora. No pasa nada. Puedo esperar.

Es mejor que tarde.

Noto esa bola de terror en el estómago, la boca seca y el corazón encogido. Tengo miedo. Esta conversación... me asusta.

¿Y si esto está mal? ¿Y si mis peticiones lo hartan y me deja? No podría soportarlo, no puedo...

—¿Lander?

Me estremezco y alzo la mirada. Worren me mira.

Oh, dios. Tengo que irme. No puedo venir y exigirle atención, está demasiado ocupado, no puedo...

Me sonrío. Su sonrisa es pura luz.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta animadamente, acercándose.

Viste una camiseta de tirantes y unos pantalones anchos. Es su vestimenta más común. La mochila de deporte le cuelga precariamente de un hombro. Tiene el pelo revuelto.

—Tengo que hablar contigo —admito, inseguro.

Me mira con curiosidad... y también algo más. Duda. Incluso... compasión. ¿Sabe a lo que vengo? ¿Esperaba este momento? Pero si es así, ¿por qué no ha puesto soluciones antes? ¿Por qué ha seguido sin más hasta que yo he venido a hablar?

Va a dejarme. En cuanto me queje, me dejará.

—Claro —asiente—. Ahora voy con los abuelos, pero podemos charlar de

camino, ¿te parece?

Asiento. No, no quiero, quiero dar media vuelta, pero ya es tarde, ¿verdad? Podría inventar una excusa, podría...

No. Tengo que decirle la verdad... tengo que hacerlo.

Pase lo que pase.

—Vamos.

Worren me da una amistosa palmada en la espalda y echa a andar.

Él es así. Es amigable y enérgico y siempre está en movimiento. Es un vendaval. Es un tornado. Es una corriente marina, y me arrastra con él.

Me levanto del murete donde he estado esperando y corro tras Worren hasta ponerme a su altura. Tiene las piernas más largas que yo, pero baja el ritmo... por mí.

—Quieres hablar de lo nuestro, ¿verdad?

Me lo pregunta con ligereza, tranquilamente. Ni siquiera me mira. No sonrío, pero tampoco parece preocupado. Es como si se hubiera puesto una máscara sin emociones, ni siquiera frialdad, ni siquiera indiferencia. Nada.

¿Eso es lo que soy? ¿Nada? Mi corazón se encoge en agonía.

—Sss...

No me sale la voz. Carraspeo. Me tiemblan las manos, el estómago me duele horrores. Dios. Sólo quiero encogerme y esperar a que pase.

Worren ladea por fin la cabeza y me mira. Es una mirada dulce y tranquilizadora.

—No pasa nada —asegura con voz amable—. Sabía que tarde o temprano sucedería. No tienes que lamentarlo.

No puedo creer lo que dice. Con toda ligereza, sin importarle, dice que ya lo sabía... ¿Qué sabía que yo me sentiría así? ¿Qué vendría a pedirle un poco de... atención?

No puedo entenderlo. Estoy... ofendido. Esa es la palabra. Esa pasividad me ofende, joder. ¿Cómo puede hacerme esto, llevarme al límite y después decirme que sabía que pasaría?

—¿Por qué? —musito.

Nos detenemos. Me mira con sorpresa, alzando las cejas.

—¿Por qué? —repite—. Era obvio que pasaría, tarde o temprano.

—Si era tan obvio, ¿por qué no hacer algo al respecto? ¿Por qué coño eres tan frío?

—¿Frío? Lander, esto no depende de mí.

—¿Qué? ¿No depende de ti?

Me estoy cabreando. ¿Cómo puede decir eso? Que no depende de él... Su puta madre. Lo miro con rabia e incredulidad.

—¿No depende de ti? ¿No depende de ti tratarme como una puta muñeca hinchable, llamarme sólo para follar y después darme de lado sin siquiera preocuparte por lo jodidamente caliente que me dejas? ¿¡Todo esto no depende de ti?!

Tengo la respiración agitada y el corazón encogido, pero me siento mejor. Tengo miedo por su reacción, temo a esta conversación, pero aun así esto es... liberador.

Y aún parece más sorprendido.

—No... No entiendo —dice—. ¿Así es como te has estado sintiendo?

—Hostia, Worren, ¿pero de qué coño estamos hablando si no?

—De que piensas acabar con lo nuestro.

¿Qué? ¿Acabar con...? ¿Qué?

Boqueo, incrédulo. Worren frunce el ceño.

—¿No era eso? —pregunta.

—¡No! —mascullo, ofendido—. ¡Pero claro que no! ¿¡Por qué debería?!

—¿De qué quieres hablar entonces?

—¡De que me siento vacío, pedazo de imbécil!

Ni lo pienso cuando le doy un golpe en el brazo, pero él sólo parpadea.

—Me tratas como a un objeto, te importa una mierda cómo me sienta, ¡y yo me quedo con una puta sensación de vacío que se me come por dentro, Worren! ¿¡Qué más quieres?!

Ya está, ya lo he dicho.

Lo he gritado, más bien.

Ahora es su turno.

¿Por qué no dice nada? Sólo me mira, como pensativo, con la cabeza ladeada y una expresión indescifrable en el rostro.

De pronto esos ojos cambian, y muestran... cierta... ansiedad.

—¡Lander, no lo sabía! —exclama, y en su voz hay sincero arrepentimiento—. ¡No pensé que te estuvieras sintiendo así! ¿Por qué no me lo dijiste antes? Si lo hubiera sabido hubiera intentado... Sabes que tengo muchas cosas que hacer, pero, vamos, si me lo hubieras comentado... No me cuesta nada prestar más atención a ciertas cosas, ¿sabes?

¿Qué?

¿Así de fácil?

Mi ira se ha esfumado. Titubeo. No puede ser tan sencillo. Worren suspira.

—Oye.

Se aproxima. Estamos muy cerca. Lo huelo, noto su calor. Me abruma. Es mucho más grande que yo. Es alto y robusto y su sola presencia podría llenar un campo de fútbol entero.

Noto su mano en la nuca, me atrae, apoya su frente en la mía. Siento un escalofrío. Me pregunto, aturdido, si alguna vez hemos estado... así. Sólo así.

—Lo siento mucho, ¿vale? —dice en voz baja, tiernamente—. No me di cuenta. Tengo muchas cosas en la cabeza y... Lo siento. De verdad. Lo arreglaremos, ¿vale? Ajustaré mis horarios, haremos alguna cosa juntos.

Me siento culpable. Me sonrío, esa sonrisa es tierna y luminosa.

—Saldré un poco antes del taller y nos vemos esta noche, ¿qué te parece?

Sólo atino a asentir. Worren amplía su sonrisa y me besa en la boca. Sólo un beso, sin sexo ni nada más. Sólo un dulce beso que me derrite hasta el alma.

==== **Capítulo IX** ====

—¿Diga?

Se me sube el corazón a la boca, desbocado. ¿Qué iba a decir?

Joder, ¿por qué he llamado?

—¿Lander?

La voz de Alberich suena un poco preocupada.

Oigo el agua de la ducha correr. Worren acaba de meterse. Dijo que iría deprisa.

¿Por qué lo estoy llamando?

—Hola —logro decir.

—¿Estás bien?

—Sí... Sí, todo va bien.

—Ah.

No debí hacerlo. ¿Qué le digo? ¿Qué tengo que decir?

—Hice caso de... tus consejos —musito después de tragar saliva—. He hablado sinceramente con...

Se me apaga la voz.

Alberich calla. ¿Es una pausa premeditada, espera a que siga, o está tragando su propio dolor? ¿Qué expresión pondrán sus oscuros ojos ahora?

—¿Qué ha dicho?

Su tono es suave y tierno.

—Que lo lamenta —digo—. Y que tratará de arreglarlo. Dijo que ajustaría sus horarios, que haríamos cosas juntos.

—¿Y el sexo?

—¿Qué? No es lo importante.

—¿Qué dijo sobre eso?

—Que... que prestaría más atención.

—Bien. No eres un pañuelo de papel, Lander.

Titubeo. Parece como si... se alegrara.

—¿Estás bien con esto? —pregunto en voz baja.

—Por supuesto. Le quieres a él.

Suena a otra cosa. «Le quieres a él y no a mí».

Mi corazón se quiebra.

No quiero oírlo así. No quiero que piense así. Quiero que sonría y sea feliz. Quiero que sea feliz... conmigo.

Oh, dios. Esto no... no es posible, ¿verdad?

—Lander... —La voz de Alberich es grave, un susurro de terciopelo y miel—. Cuando todo en tu mundo se tambalee yo seguiré firme para ti. Voy a estar para todo lo que quieras, todo lo que necesites, pase lo que pase.

Boqueo. Intento llamarlo, pero no me sale la voz.

¿Por qué es tan dulce conmigo? ¿Por qué es tan tierno? No merezco esto, no merezco que sienta esto por mí.

—Disfruta de tu noche, Lander.

Hay dolor en esas palabras, y resignación, y tristeza, y derrota.

—¿Alberich?

Me responde el pitido del teléfono móvil. Me ha colgado.

Mi corazón late en agonía.

No es posible. No puedo haberme enamorado de Alberich, ¿verdad?

Oigo pasos, una puerta al abrirse. Miro por instinto. Worren ha salido de la ducha. Tiene el cabello húmedo y viste sólo unos pantalones de pijama, aunque lleva la toalla sobre los hombros mientras se seca el pelo enérgicamente.

Es deslumbrante y hermoso. Me mira casi divertido, sonriendo. Mi corazón se encoge ante esta visión. Decididamente erótico. ¿Es premeditado? Me siento inseguro.

Sé que tengo que irme. En mi pecho los sentimientos se confunden, se alteran, ya no sé qué me provoca qué. Debería marcharme, pero Worren se acerca con su maravillosa sonrisa y no puedo moverme.

No me dice nada, sólo viene, mirándome intensamente, se inclina sobre mí.

Me besa.

Es diferente. Worren hace que todo sea un juego. No es tierno, no es dulce, no es lleno de amor... Pero es Worren. Es juguetón, y excitante. Es distinto.

Me empuja, y quedo tendido en el sofá, boca arriba, a su merced.

Sus manos se meten bajo mi ropa mientras se inclina sobre mí con una sonrisita pícaro. Sus dedos acarician mi piel, suspiro. Esto no es lo normal.

Va a hacerlo en serio. Me toma en cuenta. Me siento terriblemente egoísta por disfrutar de su atención, sus juguetonas caricias.

Mis labios formulan su nombre, y me abrazo a su cuerpo. Lo oigo reír sobre mi oído.

—Calma, estoy aquí.

Sus labios rozan mi sien mientras sus manos me acarician, recorren mi piel y encuentran la cintura de mis pantalones.

—Lo siento.

¿Por qué se disculpa? Lo miro sin comprender, pero pierdo sus ojos de vista cuando me besa en el hombro. Jadeo.

Sus dedos tocan mi sexo. Gimo, ronco, estremecido, y me aferro a sus hombros. Su espalda es ancha y está húmeda todavía. Toco su piel...

Me acaricia. En sus manos en seguida me endurezco, anhelante, y lo oigo reír flojito.

—No me había dado cuenta... —murmura—. Es tan fácil excitarte...

Lo sé, me pongo a mil con nada, ¿pero qué puedo decir? Es la verdad. No necesita mucho para tenerme temblando, caliente y dispuesto como una perra en celo.

Ni él... ni tampoco Alberich.

Oh, dios, esto no está bien...

Me besa en la boca. Me pierdo en sus labios y en sus manos, y olvido lo que estaba pensando.

Worren me transforma, me llena, me desborda y todo lo demás desaparece. Mis pensamientos se diluyen en su luz, y soy lo que él quiere que sea. Nada más.

Él es quien me devolvió la vida. Es el dueño de todo cuanto soy.

Sus caricias se vuelven más apremiantes. Gimo, me aferro a él, mi espalda se arquea y trato de respirar...

El orgasmo llega pronto, brusco y extenuante, y quedo lánguido en el sofá, recuperando el aliento. Worren sonríe, sus labios acarician los míos. Quiero decirle algo... Tengo que decirle algo. ¿Te quiero? ¿Gracias? Estoy aturdido.

Sus manos toman mis caderas y me da la vuelta.

¿Qué?

Me besa en el cuello, en la nuca, en el hombro. Me baja los pantalones hasta los muslos. Trato de sostenerme sobre las rodillas. Por supuesto, él tiene que terminar también. Me relamo. Me mordisqueea el cuello, haciéndome temblar.

Lo noto contra mi cuerpo, sus caderas contra las mías, su sexo buscando mi entrada. Está duro y caliente. ¿Tocarme le excita? Tan pronto... Eso me hace sentir... bien. Muy bien. Como si tuviera una especie de... poder.

El mismo que tengo sobre Alberich.

Alberich...

Worren me penetra.

Jadeo, sin esperármelo así, tan pronto, tan brusco... ¿Pero por qué no lo esperaba? Siempre ha sido así, rápido y certero, y duele pero me gusta porque es Worren. ¿Qué esperaba si no esto?

Suspira contra mi nuca. Me rodea... me está abrazando. Me gustaría responder, pero me tiene inmovilizado contra el sofá, bajo su cuerpo, con sus brazos. Me lame la nuca, empieza a moverse dentro de mí. Gruño al notarlo, y él ríe levemente.

—Eres tan sensible...

¿Es tristeza lo que hay en su voz?

—¿Worren...?

Se mueve. Gimo, tensándome. Sigue abrazándome. Sus caderas se cimbrean, embisten las mías. Dios, qué placer... Vuelvo a estar caliente y excitado y quiero más, quiero sus manos y sus labios, lo quiero todo. Gimo su nombre, y él responde besándome en la nuca. Se mueve más deprisa. Jadea, ronco, y yo vuelvo a gemir, caliente...

Mientras se corre masculla desesperadamente mi nombre. Sonrío, leve, cuando se derrumba sobre mi espalda, satisfecho. Trato de volverme, abrazarlo.

Worren se levanta, me besa en la boca y sonrío.

—¿Tienes hambre?

Se aleja hacia la cocina sin esperar respuesta.

¿Qué acaba de pasar?

==== Capítulo X ====

Lo echo de menos.

Ya está. El pensamiento que no quería formular ha tomado forma en mi cabeza, y se pega a mi mente como un parásito chupasangre.

Añoro intensamente a Alberich.

Hace casi una semana desde la última vez que hablamos. No me ha llamado. Podría pensar que por supuesto que no lo ha hecho, que todo fue un juego y me dijo lo que necesitaba oír en un momento muy bajo y al conseguir lo que quería...

Pero sé que no es cierto. De alguna manera que no entiendo, lo sé. Sé que siempre fue sincero. Sé que me amaba. Que me ama. Que si no me llama es porque cree que no le necesito.

Pero le necesito. Necesito su ternura, esa torpe sonrisa, esa mirada.

Lo que no sé es por qué lo necesito tanto, por qué su ausencia duele, por qué la idea de no tener noticias tuyas me martiriza de esta manera.

Yo tampoco le he llamado. Sé que lo he utilizado, y me odio por ello. No puedo hacerle esto de nuevo. Nunca más. No voy a llamarlo, porque si lo hago tal vez terminaríamos en la cama de nuevo, me dejaría llevar por esta desesperación que siento, y no puedo hacerle esto a Alberich otra vez.

Ni a mí tampoco.

Ni a Worren.

Worren es mi novio. Hemos estado juntos los últimos dos años. Recientemente nuestra relación ha mejorado incluso más. Somos felices el uno con el otro y desde luego que no puedo meterle los cuernos a alguien tan dulce y maravilloso como él. No otra vez. Ni con Alberich. Alberich no se lo merece, ni Worren tampoco.

¿Por qué tengo esta necesidad de llamarle y esconderme entre sus brazos? ¿Por qué quiero que me bese si tengo a Worren, si le amo, si estamos tan bien ahora?

No.

No lo estamos.

¿A quién quiero engañar? Sí, ahora pasamos más tiempo juntos. Sí, cuando hacemos el amor me masturba y hace que me corra antes que él. Luego me la mete y simplemente me folla igual que siempre.

Creo que lo intenta. Intenta complacerme, prestarme atención, no sólo en el sexo,

en todo. Pero algo no encaja. Algo simplemente no funciona.

Soy yo. Creo que algo ha cambiado en mi interior.

Creo que ese algo es Alberich.

Lo que ha hecho conmigo, lo que yo le he hecho a él... Esto me ha cambiado.

Y no sé cómo arreglarlo.

No sé cómo volver a ser el Lander de siempre.

La luz de Worren... ya no parece tan brillante como antes.

—¡Lander!

Doy un respingo y alzo la cabeza.

Worren me sonríe. Acaba de salir de la residencia de ancianos, donde juega a cartas con algunos de los que no tienen familia que los visiten. Lo he estado esperando fuera. Siempre lo espero en todas partes ahora, como un perro, sin importar el tiempo. Entre una tarea y la siguiente estamos juntos. Eso es algo, ¿verdad?

Se acerca con paso enérgico, me toma del mentón, me besa en la boca. Jadeo débilmente, sorprendido. Me pone la mano en el culo, pero no es una caricia tierna, es más bien... un jugueteo.

Un preámbulo.

Todo tiene que ver con el sexo. No existen las caricias ni los besos ni los abrazos si no son por el sexo. Siempre ha sido así. Siempre me ha parecido bien.

Ahora sé lo que es dormirme en brazos de alguien y despertar aún en ellos. Sé lo que es la dulzura de unos labios que me adoran en lugar de poseerme.

Dios, no puedo olvidarlo. Lo intento, pero no puedo. He cambiado. Alberich me ha cambiado.

Mientras Worren me mete la lengua en la boca me pregunto, angustiado, qué debo hacer ahora que nada puede volver a la normalidad.

Worren vuelve de la cocina. Trae palomitas para la película que hemos planeado ver. Tiene el pelo alborotado y sólo lleva los pantalones del pijama. Parece relajado. Por supuesto, acabamos de tener sexo sobre la alfombra del comedor.

Suspiro levemente, sentado de lado en el sofá.

—Eh —me llama en tono preocupado—. ¿Estás bien?

Lo miro. No sonrío.

—No te habré hecho daño, ¿verdad?

¿Daño? Es dulce. No importa lo que pase, es dulce y atento. Intenta serlo.

Simplemente ya no es como antes, no puede ser como antes. Ya no es el vacío. Ya es que mi pecho no se inflama.

—No. —Niego con un gesto—. No es eso.

—Entonces es algo.

Se sienta a mi lado, mirándome muy serio, y mientras observo sus ojos verdes sé perfectamente lo que tengo que hacer.

Confesar.

—He estado con otra persona.

Lo digo así, sin dudar, a bocajarro, y espero que su mirada se vuelva dolida. Lo merezco, sé que lo merezco.

Worren alza las cejas.

—Lo sé.

¿Qué?

Lo miro, incrédulo. ¿Qué ha dicho? ¿Lo... sabe? Boqueo, pero no sé qué decir.

Worren sonrío, curioso, como si no me entendiera. Pone un brazo en el respaldo del sofá en actitud indolente.

—El otro día, cuando viniste y lo hicimos en el recibidor... Cuando te fuiste te vi por la ventana encontrándote con un chico y besándolo. Cuando os fuisteis de la mano supuse que iríais a tu casa a disfrutar de un poco de intimidad. No necesitabas poner a tu hermano como excusa, ¿sabes?

No puedo creerlo. Me vio con Alberich. Me vio y... y...

—¿No... te importa?

—¿Por qué debería importarme?

¿Por qué debería...?

—Lander... —Worren suspira—. Sé que no tengo mucho tiempo para estar contigo y complacerte como querías. Hago muchas cosas, tengo muchas tareas, y tú eres mucho más apasionado de lo que creía. Naturalmente que a veces no puedo suplir tus necesidades, y lo siento. No me importa que busques satisfacción en otras personas. De hecho me parece bien.

Le parece bien.

Que esté con Alberich, que me bese con él después de tener sexo en el recibidor... Esto le parece bien.

¿Cómo puede parecerle bien? Le he puesto los cuernos. Lo sabe. Y le da igual. ¿Cómo puede darle igual?

A no ser que...

Oh, dios. Oh, dios.

Noto que mi corazón se para, y mis labios formulan las palabras en un murmullo trémulo antes incluso de que mi cerebro las procese.

—Tú no me amas.

Los ojos de Worren se abren muchísimo, las pupilas retraídas, los labios entreabiertos.

—¡Lander!

Se levanta abruptamente y se aleja como si lo hubiera quemado. Me mira con aprensión, con espanto. Con arrepentimiento.

—¿Tú pensaste que...? —musita—. Oh, dios mío, Lander...

—Nunca me has amado.

Lo digo en voz baja, sin querer.

Sus ojos no mienten.

No me ha querido jamás. No como yo. Tal vez de ningún modo.

—Lander, lo siento... —dice—. No pensé que tú... Oh, mierda. —Se revuelve el pelo con aspecto perdido—. No, Lander, yo nunca... Somos amigos. Eso es todo.

—Pero nos acostamos.

—Bueno, sí. Di por sentado que estabas conforme con... Joder, Lander, de haber tenido la más remota idea que pensabas que éramos novios te lo habría aclarado hace mucho. Dios, Lander, lo siento...

Sólo es sexo. Por eso me he sentido tan vacío, tan usado. Nunca me amó. Nunca me quiso de ningún modo que no fuera este. Camaradas, compañeros, sexo. ¿Cómo se llama esto? ¿*Follamigo*?

Nunca dijo que me quisiera. Siempre me presentó como un amigo. Nunca hubo un gesto de cariño más allá de una palmada en la espalda, de revolverme el pelo, de tocarme el culo como si fuera una broma.

Todo este tiempo... Worren... No sintió nada por mí.

—Lander...

Su angustia es palpable. No se acerca, pero me mira con ansiedad. De verdad lamenta esto. Lamenta la confusión. Lamenta, en cierto modo, haberme engañado.

Pero no me ha engañado. Worren siempre has ido sincero. Soy yo. Me encontré en sus brazos, con sus labios, y creí ver amor donde no lo había.

Dios mío. Cuando ha murmurado un nombre durante el sexo, ¿era el mío? Ya no

lo sé. Ya no tengo nada en claro.

No. No, sí tengo clara una cosa.

Yo tampoco le amo a él.

==== Capítulo XI ====

El teléfono es descolgado al segundo toque.

—Lander, hola.

Su voz parece más grave de lo que recuerdo, y su tono, aliviado.

Oírlo hace que mi corazón se hinche de gozo. Me va a estallar. Tengo que decirlo.

—Te quiero.

—¿Qué?

No es lo que esperaba en respuesta. Sigo caminando deprisa en dirección a su casa, con la respiración agitada.

—Que te quiero —repito.

Suena bien. Suena real. Jamás me había sentido tan pleno como ahora.

Qué estúpido he sido. Qué ciego y estúpido, y cuánto he tardado en darme cuenta de que...

Alberich suspira pacientemente.

Sigue sin ser lo que esperaba, la verdad.

—¿Alberich...?

Él guarda silencio un momento al otro lado de la línea.

—¿Qué te ha hecho esta vez?

Su tono es paciente pero tenso.

Sé que se refiere a Worren. Cree que algo ha sucedido con él y...

—Nada —le aseguro—. No tiene que ver con esto.

—No pasa nada, Lander, si te hace daño puedes recurrir a mí. No me importa ser el plato de consolación. Pero me cabrea que siga jodiéndote impunemente, no sé si voy a aguantarlo mucho más si no...

—¡Alberich, no entiendes nada!

Suspira de nuevo. Me detengo frente al semáforo en rojo.

—No es Worren —aseguro—. No tiene nada que ver con él. Soy yo, que soy un imbécil y un cabeza hueca. Worren... Worren era el centro de mi mundo, ¿lo entiendes? Llegó como un haz de luz y quedé deslumbrado, tú lo sabes.

—Lander...

—No, escúchame, escucha. Worren es todo lo que yo tenía. No había nada más en mi vida, sólo sombras difusas, grises, y él era claro y brillante y me llenaba, me hacía

sentir vivo sólo con mirarme. Cuando tuve la oportunidad me aferré a él con todas mis fuerzas, a la persona que me hacía sentir tan pleno, tan lleno de vida. Todo era mentira, Alberich, en realidad nunca he amado a Worren. Su carisma, su... su...

—Sex appeal.

—Todo él me deslumbró por completo y creí amarlo, lo creí de veras, y hubiera seguido así si no fuera por ti. Me has enseñado lo que es el amor de verdad, Alberich, y ahora sé que a quien amo no es a Worren, es a ti, sólo a ti.

—Por supuesto.

El semáforo se ha puesto en verde, pero no cruzo.

No me cree. Dice que sí pero no me cree.

No cree en mis sentimientos...

¿Y cómo puedo culparlo?

—¿Dónde estás? —pregunta—. ¿Quieres que te recoja?

No es culpa suya. Todo esto es culpa mía. Deslumbrado por Worren ignoré a la persona que realmente llenaba mi corazón, y lo utilicé.

Dios mío, soy tan ruin... Soy como Worren. He usado a una persona que me ama sinceramente... pero yo lo he hecho a sabiendas. Yo lo sabía y aun así lo hice, dejé que me adorara de esa manera tan descarnada, tan vulnerable, porque necesitaba sentirme querido.

Pero le amo. Joder, le amo, maldita sea.

¿Por qué he sido tan ciego? ¿Por qué he dejado que la luz de Worren me deslumbrara hasta no poder ver lo que en realidad importa?

—No —musito—. Casi he llegado.

—Vale. Estoy aquí para lo que necesites, ya lo sabes. Siempre.

Espero, pero sólo un instante.

La puerta se abre en seguida y él me mira, serio, siempre serio. Viste unos pantalones de chándal y una camiseta de tirantes que se ciñe a su torso bien formado.

Es jodidamente sexy.

Mis labios musitan su nombre, sin querer me lanzo contra él.

Sus brazos me envuelven, rodeo su cuello, lo beso en la boca y él me responde con pasión. Sus labios arden, colmados de ternura, de amor.

Mis ojos se llenan de lágrimas mientras aprieto mi cuerpo contra el suyo, sintiéndolo, saboreándolo.

—Lo siento... —musito, pero no puedo apartarme de su boca, de su pecho.

Este no era el plan. No debería tirarme a besarlo. Tiene que entender primero lo que siento, no puedo usarlo, no puedo hacerle esto...

Pero lo miro y sé que está preparado para hacerme el amor ahora mismo si le doy una señal. No necesita más para ponerse a mis pies, para hacer mi voluntad.

—Alberich...

Lo abrazo y me abraza y nos besamos. Me atrae al interior de su piso, pero no deja de acariciar mis labios con los suyos. Su boca arde, siempre arde.

—Lo siento... —musito—. Lo siento...

—¿Qué es lo que sientes? —murmura él.

—Yo... tú... esto...

Ya no lo sé.

—No tienes que lamentar nada. —Su boca abandona la mía para besarme en al frente, en la sien, me estrecha entre sus brazos con firmeza—. Este es el papel que yo escogí. No pediría nada más.

Ya recuerdo.

Tengo que hacerle entender que siento haberme aprovechado de sus sentimientos. Que le quiero, que soy sincero y no puedo vivir sin él. Ya no, nunca más.

—Quiero ser quien te apoye, Lander —susurra—. Quien te respalde en todo momento. No importa nada más.

—Alberich... Te quiero...

—No tienes que hacerlo. No tienes que sentirte culpable por lo que hemos hecho, por lo que podemos hacer.

Alzo la cabeza y lo miro a los ojos. Son tan oscuros como siempre, profundos como pozos, tanto que no puedo abarcar todo lo que guardan.

—Para mí, estar contigo así, consolándote, apoyándote... —dice en voz baja, sensual—... es más que suficiente.

—No, no lo es —replico—. Joder, Alberich. No sería suficiente para nadie. Pero no importa, ¿vale?, no importa porque te amo de verdad, maldita sea...

Sí, me siento culpable. Sí, lamento profundamente haber dejado que me consolara como lo ha hecho, exponiendo su corazón a todos los golpes que le he dado.

—No —niega con calma—. Amas a Worren.

—¡No! —me desespero—. Escúchame, joder, no amo a Worren, todo era una ilusión y...

Me cubre los labios con un dedo.

Quiero lamérselo.

—Déjame adivinar —pide en voz baja.

¿Adivinar?

—Has descubierto que Worren nunca te ha amado.

¿Cómo lo sabe?

—Eres muy dependiente, Lander. Sabes lo que es la soledad, y te aterroriza volver a ella. Worren te ha dado la espalda y te sientes desamparado, perdido. Acudes a mí porque sabes que yo sí te amo, sabes que te haré sentir especial, valorado, querido, y necesitas eso ahora que has perdido el rumbo.

No es cierto.

No es cierto, no me siento perdido. He encontrado el camino tras tanto tiempo vagando en la senda equivocada.

—Eres demasiado bueno para usarme... De manera que buscas un subterfugio que te haga sentir mejor. Corresponderme, por ejemplo. Crees que me correspondes porque necesitas que yo te ame, pero Lander, te equivocas.

Mentira. Tú estás equivocado. Te quiero, te quiero, te quiero...

—Puedes usarme sin temor ni remordimientos, Lander. Te amo sin condiciones, y quiero que me utilices siempre que lo necesites.

—¡No!

Lo grito sin pensar, lo empujo, me aparto de él con el corazón encogido.

No es cierto. Le quiero. Le quiero de verdad.

También creía querer a Worren, y era mentira. Era falso.

Pero con Alberich es diferente. Alberich es distinto. Lo que siento, lo que pienso... Nada es igual. Le amo de verdad.

Le amo... de verdad.

Sacudo la cabeza.

Me siento... perdido.

—¿Por qué haces esto? —murmuro.

—No quiero que te engañes, Lander. Ni que me engañes a mí.

Lo miro. Sus ojos son insondables, velados por un atisbo de agonía.

Y yo soy el origen de ese dolor.

Retrocedo, saliendo de su piso. Me observa atentamente.

Yo le quiero. Le quiero.

Lo pienso y lo siento y lo repito y lo creo, pero aun así...

Aun así doy la vuelta y echo a correr escaleras abajo, temiendo que esas palabras sean verdad, que al final sólo sirva para hacerle más daño.

Capítulo XII

—Lander, pero qué mala cara traes.

Hago una mueca. ¿Cómo se supone que sabe la cara que traigo si ni se ha vuelto a mirarme, si sigue de frente a los fogones friendo beicon y dios sabe qué más?

—¿Cuándo has llegado? —pregunto, sorprendido de verle en casa.

—Hace un par de horas. Pensaba ir a despertarte cuando terminara de hacer el desayuno. Desde luego, no imaginé que te levantarías a las siete de la mañana tú solito, hermano.

—Cállate. He dormido mal.

—Ya lo veo. Anda, siéntate, no tardaré.

Resoplo y me dejo caer en el sofá, desde donde puedo ver a mi hermano mayor cocinando por encima de la barra que separa cocina y comedor.

Aquello no siempre había sido así, claro. Cuando tenía catorce años aquella pared se derrumbó cuando hubo un pequeño seísmo. Estaba solo en casa y pensé que la parca tenía un sentido del humor muy hijo de puta al derrumbar mi casa sobre mi cabeza para llevarme de una vez con ella.

No me sucedió nada, no obstante. Mi hermano llegó al día siguiente, muerto de preocupación, y temí que se enfadara conmigo... Pero no.

Mi hermano siempre tiene buen ánimo. En aquella ocasión dijo que era una gran idea: convirtió la pared caída en una barra para el desayuno.

Aarón es pragmático y positivo. Tras la muerte de nuestros padres no derramó una sola lágrima, por el mero hecho de que tenía que cuidar de mí. Era muy joven, pero logró mi custodia, se hizo cargo de mí y de la casa, y dejó sus estudios para entrar a trabajar como comercial de calle.

En aquellos tiempos yo no había entendido lo que significaba ser un comercial de calle, entregando papeles, recolectando firmas y vendiendo cosas inútiles a gente que no quería comprar. Aarón tampoco me lo explicó, para no hacerme sentir culpable.

Puede que yo tuviera sólo nueve años, pero sabía que mi hermano se estaba sacrificando por mí.

Ha ido ascendiendo en la empresa, por supuesto. Con los años su trabajo se ha vuelto mucho más satisfactorio. Ahora viaja mucho al extranjero, para conferencias y revisiones entre otras cosas. Eso tiene su parte buena, claro; un salario increíble, turismo

pagado,... Pero yo me quedo solo por periodos de tiempo a veces bastante largos, y sé que a mi hermano le carcome la consciencia.

—¿Y bien? —pregunta, sin volverse.

Miro su pelo lacio y negro. Le ha crecido un poco desde la última vez que lo vi.
¿Qué ha dicho?

—¿Y bien qué?

—Lo que no te deja dormir, bobo.

Noto un nudo en el estómago.

Lo que no me deja dormir, ¿eh...? Aquello en lo que no puedo dejar de pensar, que me está matando por dentro.

Alberich.

Mi propio corazón.

Mis sentimientos confundidos.

¿Qué es verdad y qué es mentira? ¿En qué puedo confiar?

Hace varios días que salí de su apartamento corriendo. No me ha llamado, ni yo tampoco a él.

Es mejor así. Antes de hablarle, de tratarle, de mirar esos preciosos ojos azules, antes de nada tengo que averiguar...

Sé que le quiero. Le quiero de corazón. ¿Pero puede ser mentira? Ya no lo sé.

No puede serlo, no es como lo que sentía por Worren... Esto es más fuerte. Pienso en él y me dan ganas de llorar de emoción. Se me cierra la garganta y no puedo respirar.

—Lander, desembucha.

Mi hermano insiste, y yo suspiro.

—Verás, yo, eh... —titubeo—. No sé si sabes que...

—Dilo de una vez, hombre.

—Que soy gay.

Se queda callado. Noto un nudo en la garganta. Aarón apaga el fuego y se vuelve, mirándome con unos ojos azules muy claros, que heredó de nuestro padre.

Está muy, muy serio. Y muy silencioso.

—Claro que lo sé, idiota.

Joder. Qué susto me ha dado.

—Eres un cabrón —resoplo.

—Y tú un maricón, pero dudo que eso sea lo que te quita el sueño.

—Imbécil.

—Lander...

Suspiro y me froto la cara.

—He estado con un chico —admito—. Al que creí querer muchísimo.

—¿Te ha dejado?

—Nunca hemos estado juntos de verdad. No de esa manera. Es sólo que yo no lo sabía.

—Oh.

—En realidad no duele. Me siento avergonzado por mi estupidez, pero descubrirlo me ha hecho darme cuenta de que hay otra persona para mí. Es otro chico.

—Sí, ya imagino que será un chico.

—El problema es que no se cree que yo le quiera.

—¿Por qué?

—Cree que aún quiero al otro. Él... él sí me quiere. Este segundo chico, quiero decir. Está enamorado de mí, pero no acepta mis sentimientos. Está convencido de que he acudido a él con esto porque el otro no sentía nada por mí, y necesito que me ame.

Suspiro y aprieto las palmas de mis manos contra los ojos cerrados, impotente.

—¿Y si tiene razón? —murmuro, expresando mi temor en voz alta por primera vez—. ¿Y si he recurrido a Alberich porque Worren no siente nada, y no puedo soportar esa idea? ¿Y si creo que le amo para no sentir que soy un bastardo desalmado que lo utiliza?

—¿Es así?

—Hostia, Aarón. —Alzo la mirada hacia él, herido—. Eso es lo que no me deja dormir, animal.

Mi hermano lanza una leve sonrisa.

El muy cabrón estaba bromeando. Él es así, primero hace bromas para aligerar tensiones y luego se pone serio.

Como ahora.

—Y dime... ¿Añoras a ese primer chico?

—¿A Worren? Difícilmente. Me ha llamado un par de veces para preguntarme cómo estoy.

—Amorosamente. Sentimentalmente. Sexualmente.

—Joder, no. Ahora pienso en Worren y es más bien... No sé. Un amigo.

—¿Y al otro chico? ¿Lo echas de menos?

Cada puto minuto. Cada instante que paso despierto, y lo poco que duermo sueño

con Alberich. ¿Qué si lo añoro, dice? Joder.

—No puedo parar de pensar en él —murmuro, desviando la mirada—. Me pregunto qué hace, dónde está. Lo que siente y piensa.

—¿Quieres verle?

—Joder, sí.

—¿Estar con él?

—Sí.

—¿Y te lo quieres tirar?

Doy un respingo.

—¡Aarón!

—Eh, sólo es una pregunta. —Levanta las manos con inocencia—. ¿Eso es un no?

—No. Quiero decir, sí. Hostia, Aarón... Claro que quiero... ya sabes.

—Seamos finos. Quieres acostarte con él. Tener relaciones sexuales. Hacer el amor. Follar.

—Eso no es fino, capullo.

Aarón ríe.

—Dime una cosa, Lander. Con ese otro chico... ¿Te sentías así de desamparado y triste en su ausencia?

¿He dicho yo que me sienta desamparado y triste?

Pero es verdad. Así es como me siento.

El mundo ya no es gris y opaco como antes de Worren. No soy un espectro en un mundo fantasmal. Todo está lleno de luz y color y de vida.

Yo soy el que es gris ahora. Yo soy la sombra si no tengo a Alberich conmigo. Yo sufro, no como alguien que espera que la parca lo recuerde, si no como alguien que agoniza cada segundo, torturado.

—No —niego—. Ni... punto de comparación. Con Worren era un poco... una expectación. Me preguntaba cuándo me llamaría. Esto es como si me desangrara cada minuto.

—Te diré lo que pienso, Lander. Pienso que estás enamorado hasta las trancas.

Me estremezco.

Pero por supuesto que lo estoy.

Mi vida ha cambiado. Worren me trajo luz, pero Alberich me ha traído el mundo entero. Me ha traído su corazón, y me ha ayudado a encontrar el mío.

Me abrazo a mí mismo, con el pecho desgarrado y sangrante.

Le quiero. Quiero verle, necesito verle.

—¿Cómo se lo hago entender?

—¿Cómo te lo hizo entender él a ti?

==== Capítulo XIII ====

Mientras subo las escaleras del bloque de Alberich me siento inseguro.

Lo que ha dicho Aarón tenía sentido... al principio. Él me hizo sentir amado con sus besos, con sus caricias... Pero si hago lo mismo ¿no será como si lo estuviera utilizando? ¿Lo sentirá así?

Oh, seguramente sí. Y le dará igual.

¿Por qué vengo entonces? Le repetiré que le amo, y no me creerá. No sé cómo hacer que entienda que he encontrado mi camino, que me ha mostrado mi corazón, y que le pertenece por entero.

He llegado a su puerta. Miro la hora en el móvil, aunque sé muy bien que son las diez y que ahora Alberich estará trabajando. Trabaja hasta las dos, aunque a veces hace horas extra. Eso es lo que me dijo.

Debería volver después, ¿no? Debería marcharme y dejar que trabaje tranquilo.

O podría quedarme y mirarlo mientras trabaja. Sólo quiero estar a su lado.

Mis manos se mueven solas y llamo al timbre.

Se oye la ligera y repetitiva melodía. Se apaga. Silencio.

No hay respuesta.

¿Pero qué...? Quizá está con una llamada, así que aguardo.

Pasan cinco minutos, y nada. Tampoco se le oye hablar.

Pico de nuevo. Sin respuesta.

Pero tiene que estar en casa. Trabaja hasta las dos, ¿no? Eso es lo que dijo. Y dijo que no pasaba nada si lo llamaba en su horario de trabajo, respondería tan pronto como pudiera.

Cojo el móvil y llamo.

Cinco tonos. Salta el buzón de voz. Cuelgo.

Estará con el trabajo. No pasa nada, puedo esperar. No pasa nada. Me siento en el escalón.

Pasan cinco minutos, diez. Un cuarto de hora.

Tengo el corazón encogido.

—¿Alberich...?

Murmuro su nombre sin querer mientras vuelvo a levantarme.

Tengo un mal presentimiento. Un presentimiento... atroz. Llamo al timbre y lo

mantengo apretado. La molesta melodía se repite y se repite hasta que lo suelto.

Nada.

—¡Alberich!

Golpeo la puerta, pero no hay respuesta. Vuelvo a llamar al móvil. Nada.

—¡Alberich...!

¿Qué está pasando? Es su piso, es su horario de trabajo. ¿Me está ignorando? ¿Está cansado de mí y ha decidido que no valgo la pena?

Esa idea me aterroriza.

Oh, tendría razón. No valgo la pena. Pero no puedo soportarlo. Alberich... Alberich no haría esto. Es demasiado gentil. No puede. Algo ha pasado. Algo está pasando.

Antes de darme cuenta saco la cartera y extraigo la vieja y dura tarjeta.

La usaba mucho en mi adolescencia. Solía dejarme las llaves en casa y a menudo tenía que forzar la cerradura para entrar; Aarón me enseñó a hacerlo. Cómo aprendió él... no se lo pregunté nunca.

—¿Alberich? Voy a entrar.

No sé si me oye. Debe hacerlo, si está ahí.

Yo también debería oírlo, pero no hay nada. No oigo nada. No habla, no se mueve. Es como si no estuviera, pero tiene que estar. Tiene que estar.

Meto la tarjeta por la rendija del umbral y hurgo hasta conseguir que el cierre ceda. La puerta lanza un leve chasquido y se desliza hacia adentro, abriéndose.

Todo está apagado y en el más absoluto silencio. La única fuente de luz viene del comedor, pasillo abajo, supongo que de la ventana abierta. No hay ruidos ni voces.

—¿Alberich? —llamo, titubeando.

Nada.

Quizá es cierto que no está.

Entonces he allanado su casa como un ladrón. Mierda.

—¿Alberich?

Doy unos pasos titubeantes al interior.

Espera.

Cuando llegué a su calle y miré su piso vi que la persiana estaba casi completamente bajada. Juraría que es la de su cuarto. En aquel momento no lo pensé, pero... ¿estará durmiendo aún?

Dormir... ¿Con todo el ruido que he hecho?

Trago saliva y voy hacia la puerta entornada de su habitación. Oh, conozco el camino.

Vaya si lo conozco.

Debería sonrojarme, pero no lo hago.

Estoy demasiado asustado.

—¿Alberich?

Abro discretamente.

Dentro está oscuro, pero la luz de la calle entra por las rendijas de la vieja persiana. Parpadeo, acostumbándome a la penumbra. En seguida veo la cama a unos pocos pasos. Hay alguien acostado en ella, dándome la espalda.

¿Entonces está dormido? Pero no es posible. El ruido que he hecho podría haber despertado a un elefante sedado.

Así que... ¿Me está... ignorando?

—Alberich... —murmuro—. ¿Estás... bien?

No responde. Creo que ni se ha movido.

—¿Estás enfadado? Háblémoslo.

Nada. Lo llamo de nuevo, bajito, inseguro, y me acerco hasta que mis rodillas dan con su cama. Es amplia y él está en la otra punta. Me subo y me aproximo con cautela, pero sigue sin moverse. ¿Por qué no se mueve?

¿Pero es que acaso está respirando?

—Alberich.

Mis manos lo alcanzan y acaricio su espalda, el hombro, lo noto cerca, caliente...

Cuando me pongo justo detrás de él veo algo. Veo sus brazos lánguidos hacia el suelo, y allí veo un pote. Su contenido está desparramado entre los zapatos.

Son pastillas.

Me sobreviene una oleada de terror.

—¡Alberich!

Lo sacudo del hombro, pero no reacciona. Lo llamo, desesperado.

¿Pastillas? No puede haberse... ¿verdad? ¿Por qué lo haría?

¿Por qué... intentaría quitarse la vida?

¿Es porque lo hago tan desgraciado que no puede soportarlo?

—¡*ALBERICH!*

Logro que su cuerpo se ponga boca arriba. Tiene los ojos cerrados y expresión seria. Es como si durmiera. Pero las pastillas...

Lo cojo de los hombros, lo sacudo frenéticamente.

—¡Alberich, joder, deja de jugar conmigo y abre los ojos! —No hay respuesta—.

¡Abre los putos ojos!

No puede haber hecho esto. No por mí. ¿Cuántas se ha tomado? ¿Por qué no despierta? Estoy llorando de terror pero me da igual, sólo pienso en él, en que no responde, no se despierta y cada vez estoy más seguro de que esto es culpa mía, es culpa mía, es...

Se mueve.

—¿Lander...?

Su voz es ronca, afónica.

Lo miro a través de las lágrimas y veo que se yergue sobre un codo, con aspecto aturdido.

Está despierto.

El nudo se deshace en mi garganta.

—¿Qué...? ¿Lander?

Alarga una mano y enciende la lámpara de la mesita de noche.

Lo beso vehementemente, con ardor, con desesperación.

Está bien. Está vivo. Está despierto.

Jadea contra mis labios y sus brazos me envuelven, y tengo más ganas de llorar de puro alivio.

—¡Eres gilipollas! —exclamo, más furioso y más feliz que en toda mi vida.

—Lander, no entiendo nada...

—¿¡Qué coño es eso?! —

Señalo al suelo, donde las pastillas siguen desparramadas.

Parece aturdido y un poco culpable.

—Hace algún tiempo que tengo problemas para dormir —responde.

—¿Son somníferos?

—Sí. Anoche no me funcionaban y estaba... Necesitaba urgentemente conciliar el sueño, así que tomé tres. Debieron funcionar deprisa. No recuerdo haber dejado el pote.

No lo dejó, se le cayó de las manos. Tengo las mejillas mojadas de lágrimas y el corazón en la garganta.

—¡Me has dado un susto de muerte, gilipollas!

—¿Pensaste que me había intentado suicidar?

Dicho en voz alta suena estúpido. Me ruborizo, mirando sus profundos ojos

azules.

—No sé qué haría sin ti, Alberich —murmuro—. Te quiero tanto que me moriría sin ti.

Ocurre algo en sus ojos. Parece que algo fluctúa, cambia, se rompe.

Por un instante veo a un niño vulnerable, y sé que en el fondo, muy en el fondo, quiere creerme cuando digo que le amo.

—Pensar en tu ausencia hace que me falte el aire —le susurro—. Si eso no es amor... ¿Qué puede serlo?

==== Capítulo XIV ====

Un jadeo trémulo brota de mis labios cuando sus dedos juegan en mi interior, se extienden, penetran y vuelven a salir.

Este no era el maldito plan. No debí escuchar a mi hermano, ¡no debí escuchar a mi hermano! Me dijo que usara las mismas armas con Alberich que había usado conmigo, ¿pero cómo voy a ganarle en esta guerra? Parece mucho más experimentado que yo.

Mierda. ¿Tenía ex? No lo había pensado, pero por supuesto que debe tener ex, ¿no? ¿Cómo si no puede hacer estas maravillas con mi cuer...?

Mis pensamientos se ven interrumpidos cuando empieza a acariciar mi sexo y yo gimo, sin aliento, arqueando la espalda y buscando más de ese delicioso contacto...

¡No! ¡Este no es el plan!

—A... Albe... rich... —jadeo, abrumado por el placer de sus besos y sus caricias—. Es... es... pera...

—¿Mmm? —Sus dedos no se detienen y no sé si voy a ser capaz de razonar.

—Pa... para... —Inclina la cabeza y lame mi vientre, jugueteando en mi ombligo con su lengua—. Tienes que... parar...

—¿Por qué?

Sus labios ascienden y alcanzan mi pecho. Sin compasión me mordisqueea el pezón, haciéndome gemir y temblar como una hoja.

—¡Dios...! ¡Alberich...! ¡Pa...! ¡Ah! Para... Vas a hacer que me...

—Esa es la idea.

—No... no quiero...

Se detiene y alza la cabeza. Entre la bruma del placer veo sus maravillosos ojos azules, esos ojos que tanto amo.

—¿Por qué? —pregunta en voz baja.

Me relamo. Mmm... sus labios... Su sabor... Su todo.

No, tengo que concentrarme.

—Quiero... esperar por ti —musito con voz ahogada—. Quiero que estés conmigo... dentro de mí... Que lo hagamos juntos.

Me mira fijamente.

—Tengo mucha resistencia, Lander —me recuerda—. ¿Crees que podrás

aguantar?

—No si sigues tocándome así...

Eso es una sonrisa. Estoy seguro. Es leve, dulce, incluso un poco oscura. Es lánguida y tan, tan sensual, joder. Alberich es jodidamente sexy.

—De acuerdo.

Sus dedos abandonan mi interior y yo jadeo sin querer.

Alberich me sujeta las caderas y me las levanta un poco.

Oh, no me haría el amor de espaldas. Siempre lo haremos así, puedo mirarle a la cara mientras lo hacemos... Aunque me pregunto si podré mantener los ojos abiertos.

Se arquea sobre mi cuerpo, sus caderas encajadas en mis muslos, sus labios encuentran mi garganta, mi mentón, mis labios, me besa dulcemente y yo lo abrazo, enredando los dedos en su cabello negro.

Lo noto en mi entrada, jadeo de anticipación. Apunta y empuja. Gimo. En dos empellones está dentro de mí.

Es... es la gloria.

—Oh, Lander...

Murmura lleno de adoración, y yo lo beso. También lo amo. También lo adoro. Me responde apasionadamente, empieza a mover las caderas contra las mías. Su dulce vaivén me hace gemir con voz enronquecida, y él jadea de placer.

Empiezo a susurrar su nombre, y él el mío. Es claro y bronco, pronuncia las sílabas con pasión.

Lo amo. No concibo la vida sin él. No puedo imaginar cómo era estar sin Alberich a mi lado.

Se mueve más deprisa. No puedo contener los gemidos, ni controlar mis manos, que lo buscan, lo acarician. Me besa en la boca, en el cuello, me aprieta contra su cuerpo mientras se hunde en mi interior... Los momentos se alargan, se vuelve frenético, el uno al otro nos adoramos con todo cuanto tenemos...

Y entonces, cuando no puedo más, noto que gime entre dientes, noto que se derrama en mi interior... y la pletórica sensación de haberlo conseguido hace que yo también estalle, compartiendo el más delicioso orgasmo con la única persona a la que soy capaz de amar.

Alberich ha hecho lo que hace siempre. Permanece conmigo un rato, después se va, pero vuelve en seguida y se limita a limpiarme con un trapo tibio.

No es como permanecer acostados hasta el día siguiente, pero en cierto modo es... romántico, creo.

Me mira con dulzura mientras va recorriendo todo mi cuerpo, refrescándose. Me gustaría poder hacer lo mismo, pero después de hacer el amor no tengo fuerzas más que para suspirar de bienestar.

Después Alberich ha regresado, y ahora sí, estamos abrazados en su cama. Sus dedos acarician mi espalda y cabello lánguidamente, y yo permanezco recostado sobre su pecho, el lugar más perfecto que existe.

—Eh —lo llamo débilmente.

—¿Mm?

—¿Cuándo comenzaste a...?

Desearme. Amarme.

—No lo sé —responde—. Sucedió poco a poco, supongo. Te observaba en clase. Un día me sorprendí pensando en cuánto desearía que me miraras como a Worren.

Noto una punzada de culpabilidad.

Ni siquiera era realmente consciente de Alberich en aquel entonces. Joder. De haberlo hecho... De haberlo hecho nos habríamos ahorrado mucho sufrimiento.

Porque él ha sufrido. No me lo ha dicho, pero yo lo sé.

—Lo siento —murmuro, lleno de remordimientos.

—Yo no —replica—. No cambiaría nada de lo pasado hasta ahora. Es lo que te ha llevado a mis brazos, ¿no?

—No. Habrías tenido mi corazón en cualquier circunstancia.

Se queda callado, y yo lo miro.

Parece perdido.

Aún no me cree, lo sé. Pero ya lo hará.

Le sonrío y lo beso en los labios, y él corresponde con infinita ternura.

Lo amo. Lo aceptará. Tengo toda la vida para hacérselo entender.

Epílogo

Tres años después

Abro la puerta, y el pequeño móvil hace sonar las campanillas.

—... supuesto, señora Graham, cómo no. Mire, como ya le he dicho, el manual viene con una muestra gratuita de...

Sonríó ante la voz, perfectamente profesional, seria pero afable, de Alberich, que sigue trabajando. Vamos, son las dos y cuarto, ¿no para nunca?

Dejo las llaves en la pequeña caja de madera que tenemos en el recibidor.

—Tal y como se lo digo, señora Graham, si hay cualquier problema que no podamos solucionarle le devolvemos el dinero...

De camino a la cocina paso por el comedor. En una esquina está el ordenador, y frente a éste, Alberich sigue hablando con su —espero última— clienta. Me mira y me pide con un gesto que le dé un minuto. Le guiño un ojo en respuesta y voy a la cocina, donde dejo la compra y empiezo a ordenar.

Aún tarda un cuarto de hora en colgar. Lo sé porque estoy prestando atención. Me da igual que el helado quede fuera del congelador, en cuanto oigo que resopla, dejando de hablar con la mujer, salgo y voy hacia él.

—Lander... —suspira al verme.

Me lanzo contra él y lo beso en la boca vehementemente. Me envuelve en sus brazos y me corresponde, apasionado.

—Bienvenido a casa —dice en voz baja cuando me separo.

Le sonrío. Responde con su habitual torpeza, como un niño que no acostumbra a hacerlo.

—Qué pesada era esa mujer, ¿no? —comento, sin molestarme en soltarlo.

—No te haces una idea, llevaba una hora dando vueltas a lo mismo.

—Eso es porque le gustaba tu voz, ¿sabes?

—Bueno, que le guste lo que quiera.

Sus dedos acarician mi columna con suavidad, arrancándome un agradable escalofrío que hace que mi aliento tiemble.

—Estoy muy ocupado.

Oh, sí.

Vuelvo a besarlo, con suavidad.

—Te quiero —le susurro.

Noto que se estremece contra mi cuerpo, y me aprieto más a él. Por un momento parece desvalido y perdido. Le acaricio el cabello, que tiene más largo que de costumbre, y él ladea la cabeza y me besa en la muñeca.

—Y yo a ti —murmura al final.

Sonrío de nuevo. Deposito un tierno beso en la línea de su mandíbula.

—Eh, mi hermano vendrá a comer mañana. ¿Te parece bien?

—Mientras no vuelva a preguntarme cuál es mi postura favorita en la cama...

Lanzo una carcajada. Definitivamente, Alberich aún no entiende que Aarón sólo sabe hacer bromas tontas.

Pero no importa. Se llevan bien. Todo está bien.

Aarón vendió la casa de nuestros padres cuando me mudé, y ahora tiene un discreto piso en el que pasa menos tiempo que nunca. Viaja muchísimo, y disfruta haciéndolo, y yo me alegro de que así sea.

Worren... Somos amigos, aunque hace mucho que no nos hemos visto.

Y Alberich...

Alberich sigue mirándome con ojos de cordero cuando le digo que le amo.

Me encanta.

Lo beso suavemente en los labios. Él me corresponde, estrechándome entre sus brazos, y enredo mis dedos en su negro y espeso cabello.

—Voy a hacer la comida —murmuro.

—De acuerdo.

Compartimos un último beso antes de que me obligue a apartarme de él. Si no lo hago no comeremos, eso está claro. No sería la primera vez.

Hace tres años que estamos juntos, y uno y medio desde que además compartimos piso. Él corre con casi todos los gastos, mi trabajo de fin de semana en la tienda de animales no sirve para mucho, pero creo que pronto van a hacerme fijo y darme un horario más amplio.

Entonces podremos hablar de quién va primero a la universidad.

Alberich quiere ser director de cine. Sé perfectamente lo que le diré para convencerle de que va a ir primero: que me muero por sentarme a ver sus películas.

Claro que también sé que él batallará para que sea yo el elegido, aunque no me corre prisa convertirme en paisajista, así que entraremos en una ardiente discusión que, con un poco de suerte, terminará en la cama.

Estoy deseando que llegue ese momento.

—¿Por qué sonríes así?

Me doy cuenta de que estoy sonriendo, encantado ante la perspectiva, y río, pero en lugar de responder me voy a la cocina, dejando que se imagine qué es lo que me tiene tan contento.

No es difícil.

Mi felicidad se basa en tener a Alberich a mi lado.